Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX | San José, Costa Rica **1930** Sábado 8 de Marzo | Núm. 10

Año XI. No. 482

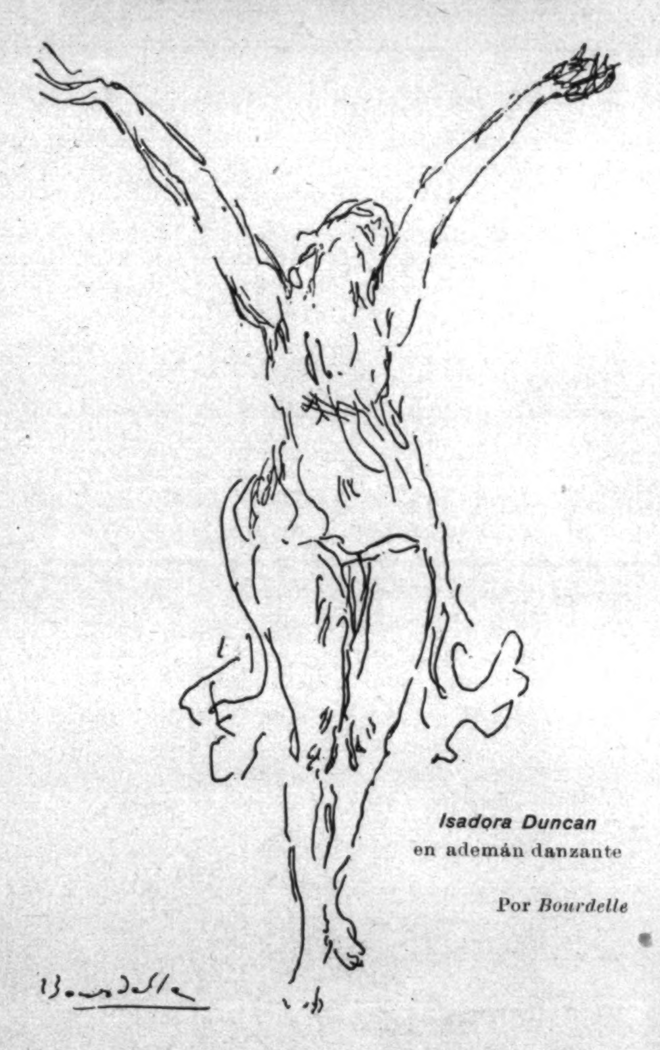
SUMARIO

El Genio de la danza

En la literatura de confesiones, que arranca de Rousseau, el libro de Isadora Duncan, *Mi vida*, puede figurar como uno de los más atractivos y de los que más valiente y serenamente avanzan en la declaración de la vida interior. Isadora Duncan, muerta en circunstancias misteriosas en que apunta una vaga impresión de fatalidad antigua, fué *alguien;* fué una de esas personalidades singulares que forman en cada época la aristocracia universal, la selección del renombre. Era una artista; verdadera y gran artista que había restaurado la dignidad de una de las primitivas artes, condenada por su fragilidad a caer en una serie de degradaciones. El fuego sacro de las lejanas danzas que fueron expresión del ímpetu dionisíaco se convierte, en civilizaciones viejas y complicadas, en los fuegos lascivos de los bailes libertinos, negros y caucásicos, que entretienen la digestión de los públicos burgueses en *music-halls* y *cabarets.*

Fué la Duncan la restauradora en nuestro tiempo de las danzas griegas. Su arte tenía la nobleza de las figuras de los relieves y de los vasos griegos. Era la euritmia de un cuerpo hermoso, la escultura en movimiento cadencioso, la gracia de las actitudes del cuerpo humano arrastrado por el impulso musical. Arte efímero, de aquellos que duran lo que el minuto de su revelación, como es también el del actor, y que sólo pueden conservarse en las pálidas copias de la pintura o del dibujo o en el estilo de una tradición de escuela.

Leyendo la vida de Isadora, escrita por ella (de la que se ha publicado una buena traducción castellana de Luis Calvo), se piensa en una reencarnación. Aquella mujer de nuestro tiempo parece venir de la Hélada: diríase que existió en tiempo de Pericles y que trae un mensaje de la belleza antigua. Hay un curioso pormenor representativo en esta autobiografía. Cuando la Duncan pisó por primera vez el suelo de Grecia, besó aquella tierra que le parecía sagrada, entre el asombro de los naturales. Ella, la bárbara, la extranjera, era, en espíritu, la helénica, y los modernos helenos, a pesar del idioma que conserva la tradición—con estar más próximo al griego bizantino que a los dialectos antiguos—, los bárbaros, los



Isadora Duncan
en ademán danzante

Por *Bourdelle*

escitas helenizados. Sin ese amor a la Grecia antigua, que se confundía con el amor y el entusiasmo por su arte, la Duncan hubiera cedido en los tiempos difíciles a las solicitaciones de los empresarios y hubiera sido una gran bailarina de ópera, en vez de ser la restauradora de una de las bellas artes, digna de figurar en el coro de las Musas.

La vida de Isadora Duncan nos ofrece un ejemplo del desinterés del verdadero artista, de la dedicación plena a la realización de la belleza soñada, de la entrega de sí mismo al fin estético, con desprecio del lucro y aun del aplauso vulgar, virtud cada día más difícil en una sociedad y una civilización donde la Economía tiene mucho más poder que la Estética. Las obras maestras son hijas de estas vocaciones austeras.

Con la imprevisión de la cigarra, amada de los dioses, Isadora, cuando reunía algún dinero, se consagraba al estudio de su arte y a la escuela de danzas con que intentaba perpetuar el don estético que había recibido. Era menester que la necesidad apremiase para volver a las contratas lucrativas, que la alejaban de los lugares y las tareas predilectas.

En esta autobiografía no se muestra sólo la artista. También se descubre la mujer, en cuanto puede hacerse tal distinción. Esta es la parte que corresponde a las Confesiones. Se distinguen las Confesiones, propiamente dichas, de los Recuerdos y Memorias en que éstos narran sucesos, hablan principalmente de la vida exterior y de relación, mientras las Confesiones levantan el velo de la morada interior y nos introducen en el huerto cerrado, cuya entrada suele guardar un instintivo pudor. Por esto son raras las verdaderas y sinceras confesiones que han de vencer no sólo ese impulso íntimo, que tiende a celar nuestro jardín interior, florido o mustio, que a veces puede ser, en vez de jardín, un dramático erial, sino también preocupaciones y respetos externos.

Es menester que brote dentro un ansia patética de comunicaciones—a la que responde la práctica de la confesión religiosa—para vencer los naturales obstáculos. El pudor o censura interna de las confesiones es mayor cuando se trata de la materia sexual, cuyas revelaciones pueden parecer en el hombre grotesco alarde de donjuanismo y en la mujer descoco o cinismo. Para precaverse de la sensualidad grosera, la moral cristiana, de que es heredera la moral aparente de nuestra civilización, ha cubierto con el velo del pudor la vida sexual. Debemos a esta concepción ética cierto refinamiento de la poesía del amor y también las especies del pecado, que han dado nuevo sabor a la sensualidad. Mas ha exagerado el sacrificio hipotético de la Naturaleza y ha caído en el error de convertir ese dominio secreto en algo vergonzoso, olvidando que estaba allí la fuente de la vida. De ahí la hipocresía monstruosa que rodea la vida sexual, y que conocen bien médicos y confesores.

Lacras sociales, cual la prostitución, la delatan, como las erupciones los malos humores de la sangre.

Para apreciar en este punto las confesiones de la Duncan, no debe olvidarse que es una griega resucitada que siente intensamente el naturalismo antiguo. Poco paladar ético tendrá el que confunda estas confidencias, de un lirismo palpitante y a veces doloroso, con las memorias de la Bella Otero u otro texto semejante. Mas para osar estas revelaciones es necesario estar en un plano superior espiritual y estético, ser uno de esos selectos ejemplares humanos en cuya vida no hay una parcela que deje de interesar a la Humanidad.

Andrenio

(*La Voz*. Madrid.)

Mensaje de José Vasconcelos al pueblo norteamericano

(*Envío de la Sra. Antonieta Rivas Mercado*).

Me he dado cuenta de la sensación producida porque el así llamado presidente de México, un adulto, perfectamente capaz de defenderse a sí mismo y rodeado de guardias, ha sido herido ligeramente por un joven. Hace tres meses, durante mi campaña política, la policía callista decapitó en Mazatlán a un niño que la madre llevaba en brazos, y no obstante que se publicaron las noticias, nadie demostró ansiedad. La gente tiene una sensibilidad curiosa; parecen todavía vivir en los tiempos de los reyes cuando la lesa-Majestad era el crimen máximo.

Lo sucedido ayer no sorprendió a ningún mexicano. Es natural que gente a la que se le niegan sus derechos por la fuerza, busque vengarse en actos ciegos de locura. El ataque a Ortiz Rubio es locura, porque es una persona relativamente inocente, ya que sólo sirve de instrumento a otros. Pero lo principal y el hecho penoso es que ese ataque demuestra al mundo lo que nosotros, mexicanos, hemos estado prediciendo, la imposibilidad de mantener en México un régimen de robo, cohecho y crimen. La gente de México seguirá luchando hasta que conquiste su libertad y el derecho de gobernarse a sí misma. Y los que no son mexicanos se verán obligados a simpatizar con el movimiento de liberación en México a través de la convicción de que México no podrá pagar sus compromisos hasta que cree un gobierno que no tenga que sostenerse a base de un ejército mercenerario que devora todo el presupuesto.

El atentado a Ortiz Rubio ilustra una situación tristísima, una situación criminal. Hasta el observador más ciego se habrá dado cuenta que la prensa en sus informes de hoy, cita este hecho curioso. Anoche, en la ciudad de México se organizó una manifestación de protesta contra el atentado a Ortiz Rubio, y el gobierno, con todo su poderío, no pudo reunir a más de sesenta personas para protestar.

Deseo aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a la nación americana por el refugio que me ha proporcionado durante estos dos meses últimos, después que salí de mi país perseguido por rufianes. Doy las gracias a Los Angeles por su hospitalidad y por los amigos que en ella tengo; tengo muchos lazos personales en este país; a todos envío un saludo afectuoso. En unas semanas me embarco para Panamá y Colombia a vivir entre gente de mi propia raza, hasta que llegue el tiempo en que México pueda establecer un reino de justicia y libertad.

Los Angeles, febrero 5 de 1930.

Poesías de Carlos Luis Sáenz

(*Envío del autor*).

Absurdo de las 4 llamas

Compré, con blanca moneda,
cuatro tallos de blancura,
blancura casta, de cera,
que tiene, muerta, la luna.
Y llegué donde dormía
muerta, la rubia doncella...
¡Cómo el oro de la llama
florecería en su presencia!
La noche, cuervo siniestro,
me picoteaba en el alma,
¡le iba a hundir cuatro puñales
de oro místico hecho llamas!
¡Pero no fué así; no fué!
me lo impidió su belleza!
Mejor, mejor; en la noche
sin luz, alumbra la muerta!
Volví:—nueve días pasados,—
lloraban los candelabros
lagrimones, entre llamas
de fulgores demacrados.
Y por la alcoba mortüoria
adiviné que la llama
daba rojos aletazos
a su Sombra iluminada!

IX—928.

Yo me iría...

Yo me iría esta noche al campo
donde están árboles solos,
donde no hay hombres y son
los pensamientos más hondos.
Sentiría el juego fresco
de las sombras, por mis ojos
—noche y luna—y el silencio
de mis cascabeles locos.
Por cogerle alguna estrella
a algún frondaje verdoso
tendría en mi frente corona
de sombra, que pesa poco.
Me tumbaría entre la hierba
con el olor que conozco,
aquella hierba con luna
y algo de frío medroso...
Yo me iría esta noche al campo,
al campo dormido y solo,
donde hay árboles y son
los pensamientos mas hondos!

X—928.

Marzo

La gran cúpula, sorda,
se raja de calor;
turbio el humo; el azul
no gallardea color:
los píos son trizaduras
entre el hosco verdor
que defiende al arroyo
delgado y sin canción!
¡Marzo!
que ya llenando
rojos
odres
de Sol!

III—929

Ensueño

Al dulce sol de la tarde
las montañas sonrieron,
y todo el valle en verdor
le dió paz al pensamiento,
y al corazón
divino ensueño...
En el pino, verde y oro,
cantó un pajarillo tierno,
y entre el cantar, la campana,
del angelus, se iba al cielo...
Y sentí el Angel de luz
venir a mi pensamiento
y se dilató mi pecho
pensando cuánto te quiero.

Jun. 13—929.

Saludemos al sol

Saludemos al sol, prora que enciende
un mar azul y el nuevo día hiende.
Saludemos al sol con la fruta madura
que en la rama del árbol da su fragancia pura.
Con el botón de la rosa bermeja
y con el atareamiento de la castaña abeja.
Saludemos al sol con la dorada y fina
música alada de la golondrina.
Con la gracia hogareña y celestial
del penachito de humo de la casa rural.
Y con esa alegría de los rocíos
sobre las hojas frescas de parajes sombríos.
Saludemos al sol con el aroma
del nardo y con las alas abiertas al azul de [la paloma.
Y hasta con el ladrido del perro cazador
que se oye por los cerros como un rudo tambor.
Saludemos al sol! Saludemos al sol
con las antenas de oro del tardo caracol.
Con la ceniza araña que el aura matinal
suspende en el extremo de su hilo de cristal.
Y con esta infinita risa de primavera
que sube de la hierba verde de la pradera.

Julio 3—929.

Canción de ensueño

Yo veo que por tu camino
van dos angelitos buenos:
uno lleva rosas de oro
y otro palmas de silencio!
Ambos son fieles a tu alma
guiándola por su sendero:
uno lleva rosas de oro
otro palmas de silencio!
Van guardándote en la noche
y guardándote el día entero:
uno lleva rosas de oro
otro palmas de silencio!
Uno, ennoblece tus dichas,
otro, tu dolor sincero:
uno te da rosas de oro,
otro, palmas de silencio!

X—929

Heredia, Costa Rica.

Ortega y Gasset

y nuestro tiempo

=De *Revista Mundial*. París=

ORTEGA y Gasset es maestro y escritor, pero también *duca*, adalidad, caudillo, *signore*. Nadie expone sistemas con más elegancia que él, en la lengua precisa y sonora. Se ha enseñoreado de tres culturas. Marida la imagen y la idea, el símbolo y el rigor lógico. Después de platonizar se instala sólidamente en la tierra, en el mundo abigarrado de los sentidos o, al contrario, para libertarse de impresiones que, en tumulto, le aprietan, se refugia en el dominio eviterno de las ideas.

Veinte pueblos hispánicos le piden, en actitud discipular, una dirección. En Francia le siguen desde que analizó a Proust con extrema perspicacia. En Alemania, los más altos espíritus le reciben y congratulan. Alternativamente, el joven filósofo viaja y se concentra, se refugia en su biblioteca como Próspero, o avanza hacia el vasto mundo a descubrir y conquistar. En una revista avizora las inquietudes y las ambiciones de Occidente. Envía discípulos a las universidades españolas, impone derroteros, es veedor frente a la invasión de ideas y de normas europeas, agita, turba o aquieta, vive para enhestar a su pueblo.

Todo le interesa, nada le fija. Medita sobre las danzarinas, en un campo de polo, entre duquesas; discurre del darma y de los ciclos en la filosofía hindú. Imaginamos que una Victoria Colonna le espera cuando termina, entre aclamaciones, su lección de metafísica. El mundo, el arte, el paisaje, las proezas de don Juan, el cogito de Descartes, la política de Cánovas, el diálago melodioso de Platón le atraen, le apasionan. Antes que él, en otras épocas, Giner fue un santo laico, con cura de almas; Sanz del Río un abstruso y noble profesor; Joaquín Costa rugía como orador leonino y vaticinaba. Ortega junta todas las ambiciones a fin de ser el hombre universal, el «uomo singolare» del Renacimiento.

Es un mediterráneo que aspira a una suerte de promoción en la jerarquía de los pueblos. Quisiera trasmutarse en germano y pide a los españoles que no olviden su herencia teutona. Escritores ingleses, Chesterton o Hilaire Belloc, han exaltado el Mediterráneo, mar de Ulises y de San Pablo, en torno al cual surgen ciudades y dogmas, columnas esenciales de nuestra civilización, Roma, el logos, Venus riente, capitana de hombres y dioses. «Ortega avanza, entonado, desde el sur, hacia las regiones hiperbóreas. Donde otros hallan nieblas, él encuentra meridiana claridad». Hace quince años, demostró que la cultura germánica es de realidades profundas, y lo latino juego sugerente en la sobrehaz. Según él, el alemán aparece como fuerza plasmante y organizadora. Los pueblos que conquista y ennoblece le ofrecen materia inferior y arcilla sumisa. A veces ha exagerado y seguido en sus afirmaciones a escritores impávidos que enhilan paradojas, a Houston Chamberlain y Woltmann, por ejemplo. Explica entonces que Descartes es alemán, que Donatello y Miguel Angel descienden de teutones; a ejemplo de las escuelas de más allá del Rin, opone civilización y cultura, brillo



Ortega y Gasset

falaz de mediodía, interioridad y gravedad del septentrión. Sólo Fichte y Hegel y en cierta dirección Gobineau, han contrapuesto de esta guisa y sin mesura a la luz, a la pureza, a la vitalidad del germanismo, la irredimible anarquía, las tinieblas inferiores, el caos en que se abisman sociedades secundarias.

El maestro se ha dispersado en notas, meditaciones, ensayos y folletones. Ahora se propone soberbiamente construir. Sabemos ya lo que será su obra futura. Ante todo el elogio de nuestro tiempo, la resuelta aceptación de una filosofía beligerante que combate y elimina, destruye doctrinas del pasado con un insistente anhelo de superación. Exalta el escritor, como Nietszche, la vida ascendente; en el individuo sano, la «magnífica gracia animal». Del lado de la gente moza está porque ella va a convertir la vida en fiesta y crear nuevos valores.

Puede inquietarnos en un filósofo este culto de lo vital. Ha enseñado que la filosofía ha sido siempre utópica, y al mismo tiempo, ha proclamado que la utopía es falsa. Condena la razón que llama pura y aspira a reemplazarla por la razón vital; pero también enseña que Europa nace, es propiamente tal, continente de la proporción, del orden y de la lógica, cuando Sócrates descubre la razón, es decir, la razón pura. Oposiciones o contradicciones de un debate interior en el cual no ha granjeado el noble pensador armonía y paz. Entre tanto, nos ofrece brillantes fórmulas, y antítesis: la vida debe ser culta, la cultura debe ser vital; la cultura separada de la vida es bizantinismo, la vida desnuda de cultura se confunde con la barbarie.

América, España mayor, le hace olvidar divisiones, le incita y consuela. En Buenos Aires ha hallado dos veces el camino de Damasco, en esa ciudad tentacular donde la riqueza sirve de basamento, como en Florencia, a graciosas torres que albergan a Ariel entre dos vuelos. Regresa a su patria, grávido de dones, rico de fe y de caridad.

Como atribuye a la política secundaria importancia, y en las revoluciones cuyo ocaso anuncia sólo estudia el elemento racional, no el mito, el entusiasmo religioso, apocalíptico que señalaran Tocqueville y Carlyle en la Revolución francesa y Berdiaeff en la rusa; se separa de Costa para el cual una trasmutación de la realidad española, desde arriba, desde el gobierno, una trasmutación «gacetable» es imperiosa. En vez del antiguo y simple dinamismo, traba reformas seguras. Nota en la realidad actual, decadencia, «invertebración», mengua de las energías, oposición de regiones, egoísmo de clases, odio a los mejores, a los hombres que pueden constituir la minoría directora. Hace más de tres siglos que, por breve espacio de años, entre 1480 y 1600, culminó el esfuerzo ibérico, y se realizó el «milagro» español: abundancia, riqueza, imperio, santos y superhombres, místicos y aventureros, conquista del reino interior y conquista del universo. Ortega espera la reforma nacional en nuestra época del trabajo pertinaz, del enriquecimiento, de la cultura, de la coordinación. Escoge una vía media entre dos extremos, el gobierno de la península por Calibán y Sancho, el quijotismo errabundo y alucinado.

Y volviendo a lo espontáneo, desconfiando de la razón pura, recordando lo que escribió alguna vez, a saber, que nunca nos dará el concepto, lo que nos da la impresión, la carne de las cosas; quién sabe si el rector de la futura España va a reconciliarse con el Mediterráneo. Más españoles que él, nos dejaremos cautivar por la luz y las formas, por la diversidad, sirena incomparable. No importa que la gente ibérica no ofrezca al mundo conceptos ni teorías, si, en cambio de esta limitación, lo enriquece con trágicos contrastes, una sinfonía de colores, nuevos capítulos para la defensa del estoicismo, y opone al frenesí, el abandono; a la codicia, la hidalguía, un señorío natural sobre bienes secundarios y regia hospitalidad. Y ahora que lo vital y lo inmediato predominan, con ritmos y canciones conquistará a los pueblos.

Desde ahora Ortega corrige defectos inveterados y condena el rencor, la incomprensión, la inercia, la división, en nombre de generosos imperativos de concordia. El gran místico español enseñaba que la unidad debe poner su silla sobre todo. El guiador de nuestro tiempo invoca al amor que desciende desde los cielos más altos a la tierra para que todo en el universo viva en conexión.

Francisco García Calderón

De diecisiete a treinta

Trad. de *Manuel Díaz Rodríguez*

Entré una vez a casa del primer peluquero de la ciudad.

Olía a Agua de Colonia, a servilletas recién lavadas y a suave humo de cigarrillos... Sultán flor, cigarrillos de las Princesas egipcias.

Ocupaba la caja una muchacha muy joven, de sedosos y rubios cabellos.

«¡Ah!» pensé «un Conde te seducirá, ¡oh, encantadora!» Ella me vio con una mirada que decía: Quienquiera que tú seas, uno entre miles, yo te digo que la Vida está delante de mí, la Vida!... ¿No lo sabes?

Yo lo sabía.

«¡Ah!» pensé «bien podrá ser un Príncipe».

Se casó con un mozo de café que murió al año.

Tenía formas de gacela. Seda y terciopelo no realzaban su belleza... y probablemente era más bella desnuda.

El mozo de café murió.

La encontré por la calle con un niño. Y me miró con una mirada que decía: A pesar de todo, tengo la vida delante de mí, la Vida... ¿No lo sabes?

Yo lo sabía.

Un amigo mío tenía el tifus. Era un compañero de juventud, rico, y habitaba la villa del Lago.

Cuando le visité una joven dama de sedosos y rubios cabellos, preparaba las sábanas frías. Sus tiernas manos estaban completamente agrietadas por el hielo. Me miró. ¡Esto es la vida!... ¡Le-amo!... ¡porque eso, eso es la Vida!...



Madera de *Amighetti*.

Al estar bueno y sano él abandonó la dama a otro joven rico.

Peter Altenberg

(*La Revista*. Caracas.)

Se separó de ella fácilmente, muy fácilmente.

Eso pasaba en estío.

Más tarde lo sorprendió a él la nostalgia... en otoño.

Ella lo había cuidado, había fundido en él su dulce cuerpo de gacela.

Le escribió: ¡Vente!

Una tarde, en octubre, la vi entrar con él en el salón encantado en donde resplandecen ocho columnas de mármol rojo.

La saludé.

Ella me miró: La Vida está detrás de mí, la Vida... ¿No lo sabes?

Yo lo sabía.

Volví casa del primer peluquero de la ciudad.

Aún olía a Agua de Colonia, a servilletas recién lavadas y a suave humo de cigarrillos.., Sultán flor, cigarrillos de las Princesas.

En la Caja se hallaba sentada otra muchacha de crespos cabellos brunos.

Y ella me miró con la gran mirada triunfal de la juventud—*profetis Divae Augustae Victrici*—: Quienquiera que tú seas, uno entre miles, yo te digo que la vida se extiende delante de mí, la Vida?... ¿Sabes lo que es eso?

Yo lo sabía.

«¡Ah!» pensé «un Conde te seducirá... bien podrá ser un Príncipe»...

Carta de Haya de la Torre a don Víctor Guardia Quirós

El *aprismo* como credo civil de nuestra América

Roscherstrasse 17.
Berlín, 15 de enero de 1930.

Señor Lic.
don Víctor Guardia Quirós.
San José de Costa Rica, C. A.

Mi muy distinguido amigo:

Con el más vivo interés, he leído la carta abierta que desde las columnas de *La Tribuna* y de *Repertorio Americano*, se ha servido Ud. dirigirme.

Le ruego disculparme si esta respuesta aparece con retardo. Sin duda por la congestión de los correos europeos, con motivo de las fiestas de Navidad y Año Nuevo, las publicaciones a que me refiero han llegado a mis manos sólo ayer. Contesto, pues, a los puntos centrales de su carta, gustosa y prontamente.

El *aprismo* no es una doctrina política de chauvinismo latinoamericano contra el pueblo de los Estados Unidos. Si personas mal intencionadas y peor informadas,—dos categorías de gentes que desgraciadamente abundan en nuestros países—, tratan de mal-interpretar las orientaciones del *Apra*, nuestro deber elemental es remitirlas a los documentos fundamentales de nuestro Partido, que expresan claramente su ideología y objetivos. Nuestro programa doctrinario precisa bien que el *Apra* sólo combate al imperialismo. El imperialismo es básicamente un fenómeno económico con proyecciones sociales y políticas. En forma alguna, ese fenómeno tiene un carácter esencialmente racial o nacional. Un pueblo no es racial o nacionalmente imperialista. Muchos pueblos hoy débiles y sometidos, han sido imperialistas, según lo demuestra la historia. Porque el imperialismo, ya feudal, ya mercantilista, ya capitalista,—caso contemporáneo de expansión de los grandes países industriales—, está determinado por condiciones económicas, es la culminación y expansión del sistema de explotación de una clase que usufructúa sobre las clases que producen, primero dentro de un país dado, y más tarde sobre países extraños, generalmente menos desarrollados que el país de donde insurge el imperialismo, y, consecuentemente más débiles que aquél. Los pueblos de los países imperialistas, no son responsables históricamente de la existencia y de las consecuencias del imperialismo que, especialmente en el caso de las clases productoras, ellos también sufren. El pueblo español no fué responsable del fenómeno imperialista,— imperialismo feudal-mercantilista—, que trajo la conquista y sujeción a los países indoamericanos. En la hora de la independencia de éstos, nuestros pueblos no lucharon contra el pueblo español sino contra el imperialismo de España. Destruído y vencido por quienes nos dieron la libertad política con la Revolución de la Independencia,—que fue Revolución y no guerra,—no existe entre nosotros odio contra el pueblo español y, como Ud. sabe, en muchos románticos, queda hasta cierto amor hispanoamericanista que, para uno de los indios de América que sufrieron los horrores de la conquista y coloniaje, sería inexplicable.

Nuestra lucha contra el imperialismo español no fué lucha de pueblos sino de sistemas,—más bien de clases, por lo que el movimiento de la Independencia fue característicamente una Revolución,—y en esa lucha casi todos nuestros libertadores estaban ligados al pueblo español, como los brasileños al pueblo portugués, por vínculos de raza y tradición. La revolución de la Independencia, fue, pues, una lucha anti-imperialista y no una guerra nacionalista o racial.

En nuestra lucha contra el moderno imperialismo,—capitalista, industrial—,de los Estados Unidos, —que es el imperialismo que con más vigor nos subyuga,—tampoco existe ni puede existir una rivalidad nacional o racialista. No siendo los pueblos de Norte América y los de la América Latina, descendientes de un mismo tronco racial, no han faltado entre nosotros quienes hayan visto el problema de

nuestra lucha defensiva como una cuestión nacional, como una rivalidad étnica, entre sajones y latinos. Esta concepción me parece falsa y el *aprismo* la condena. Nosotros luchamos contra un sistema económico que se proyecta sobre nuestros pueblos como una nueva conquista. Nosotros los *apristas* no tenemos una concepción racial de nuestra defensa contra el imperialismo yanqui. El programa del *Apra* es muy claro en este sentido y me parece concluyente lo que al respecto dice, en la página 6, el folleto que contiene la *Declaración de Principios de la Sección Costarricense del Apra* (Edic. San José, 1929) que dice a la letra:

"La causa anti-imperialista del Apra no supone una lucha nacionalista contra el pueblo norteamericano, sino contra el sistema económico, político y social bajo el que está sojuzgado y en cuyo nombre se cometen las más flagrantes violaciones del derecho de los pueblos débiles."

Esta declaración me parece definitiva. Encuadra perfectamente dentro de la realidad. El imperialismo existe y son los mismos norteamericanos quienes lo reconocen. En el interesantísimo libro *Dollar Diplomacy* escrito por Scott Nearing y Joseph Freeman (Huebsch & The Vinking Press, Editores N. Y.) obra que todo latinoamericano interesado en nuestros grandes problemas debe leer, releer y conservar sobre su mesa de trabajo, se puede encontrar la historia mas documentada que hasta ahora se haya escrito en América sobre el Imperialismo. Ese libro no hace una sola información sin referirse a fuentes oficiales o solidamente autorizadas, y su título está justificado en la página 264, cuando dice: «Durante la Administración Taft el apoyo que el Departamento de Estado dió a los inversionistas americanos desarrolló una definitiva y clara política que se reconoce generalmente como «la diplomacia del dólar». En esa misma obra (pág 267) se cita el famoso discurso de Wilson en Alabama sobre las concesiones e inversiones en América Latina bajo condiciones que capacitan a los intereses extranjeros «a dominar en los asuntos interiores» de nuestros países, una situación que «es siempre peligrosa y deviene intolerable».

Para citar solo un ejemplo más, me remito al interesantísimo artículo del Senador Henrik Shipstead, Miembro del Comite de RR. EE. del Senado de Washington, quien en la revista *Courrent History* (Setiembre 1927, pag. 886) dice refiriéndose a la acción imperialista de su país en los latinoamericanos: «Los ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente y todo ciudadano americano bien informado, sabe hoy que nuestra política presente en la América Latina es de franca agresión económica y que lleva consigo una dictadura política».

El *Apra* quiere cumplir la tarea histórica de defenderse contra esa política de «franca agresión económica» porque sabe que «trae consigo una dictadura política».

Una de las manifestaciones de esa «dictadura política» que trae el imperialismo, fue sin duda mi expulsión ordenada y cumplida brutalmente por el Gobierno de Guatemala y la que días después repitió el Gobierno de El Salvador. Una de las causas de esos hechos escandalosos las señala Ud. en su interesante carta cuando se refiere a «los gobiernos que no pierden ocasión de demostrar su servilismo a la Secretaría de Estado de Washington, más allá tal vez de lo que la misma oficina pudiera tener por bien dispuesto con arreglo a sus prestigios y a la dignidad internacional.» Efectivamente, ese servilismo tiene ya fama universal. Cualquier europeo medianamente culto tiene una idea más o menos clara de esa dolorosa verdad. Los escritores independientes de Europa, cualquiera que sea su filiación, clasifican públicamente a los gobiernos de Guatemala y El Salvador, y a los de Nicaragua, Haiti etc., como totalmente subordinados al imperialismo. No creo que, ni por el bajísimo grado de cultura de los funcionarios qne dominan esos países, ni por su correlativo grado de moralidad política, pueda imaginarse otra cosa. «El macheterismo» a que Ud. se refiere significa arrogancia, crueldad y despotismo con los propios, y sumisión, rendimiento y reptante humillación ante los extranjeros. Los crueles son generalmente los más cobardes y el abuso con los débiles es psico-patológicamente una demostración de inferior debilidad.

Pero busquemos en las «causas de servilismo tropical» y encontraremos también al imperialismo. Yo fuí expulsado de Guatemala y de El Salvador por insinuaciones de la Legación Norteamericana, vale decir, órdenes para los gobiernos de esos países que no tienen otra libertad que la de abusar sobre sus propios pueblos. Empero, las órdenes que dieron las legaciones salieron de las compañías explotadoras norteamericanas. La United Fruit que tanto tuvo que ver, y tiene aún, en la lucha de límites entre Guatemala y Honduras vió en mí un peligroso enemigo, porque la acusé sin ambages de comerciar con el ingenuo patriotismo chico de esos países. La influencia de la United se ejerció también en El Salvador, porque aunque en ese país no tenga intereses directos Ud. sabe que la United posee seis millones de bonos del nefasto empréstito de 1923 que tiene dominado al gobierno y pueblo salvadoreño, empréstito que dió al Secretario de Estado de Washington «la superintendencia de las rentas de aduanas de la República de El Salvador (véase el citado artículo del Senador Shipstead, pág. 886.) Fue la United la que no pudiendo conseguir nada contra mí en Costa Rica, consiguió mi expulsión de Panamá a Europa, sin dejarme desembarcar en un país cuya visa diplomática tenía.

Esta influencia definitiva de las grandes compañías sobre los funcionarios diplomáticos norteamericanos tiene muchos ejemplos. Usted sabe que la reciente condena del ex-Secretario del Estado Fall, convicto de recibir una gruesa suma como soborno del millonario Doheny, demuestra evidentemente el poder de los capitanes del imperialismo sobre ciertos funcionarios del Estado Norteamericano. Es ese mismo multimillonario Doheny quien enfáticamente definia la situación diplomática entre Mexico y los Estados Unidos como «una disputa entre los petroleros y nuestro gobierno (Americano) de un lado, y el Gobierno de Mexico del otro». *(Dollar Diplomacy* pag. 117). Otro ejemplo, el más ruidoso de todos, es el que se refiere a la complicidad del embajador norteamericano en Mexico, Lane Wilson, en el asesinato del presidente Madero. El primer voluminoso tomo de la obra escrita en castellano e inglés sobre este asunto ha sido ya publicado, y lo leí en Nueva York en 1927. Por no tenerlo ahora en mis manos no lo cito refiriéndome a sus editores como acostumbro. Otro ejemplo, el más reciente de todos acaba de producirse en el Perú, donde el señor Leguía hizo entre otras muchas concesiones desastrosas para la economía nacional, una a la Empresa Norteamericana Lee para construir un ferrocarril en parte de los territorios que el Ecuador reclama como suyos. Por la protesta enérgica del gobierno de Quito el señor Leguía ha tenido que someterse y se vió obligado a cancelar la concesión. Pues quien se ha presentado como abogado y apoderado general de la empresa Lee ante los tribunales de Washington no ha sido otro que Mr. Poindexter, ex-embajador en Lima, cuya participación en la concesión ha sido así descubierta.

Es secreto a voces que debido a la creciente corrupción de la diplomacia norteamericana, el presidente Hoover ha decidido tomar medidas radicales renovando al cuerpo de funcionarios que actúan como jefes de misión en las embajadas y legaciones radicadas en nuestros países. La designación de un minero como Mr. Morrow, aparentemente incorruptible por las compañías petroleras, ha sido un caso que el gobierno de Mr. Coolidge se adelantó a probar con éxito. Por eso se ha designado al multimillonario Gughemhaim como embajador en Cuba, y muchos otros potentados han sido señalados para las embajadas y legaciones en los países donde las compañías explotadoras norteamericanas ejercen mayor influencia.

He citado todos estos casos para demostrar que mis expulsiones de Guatemala y El Salvador no se deben únicamente a órdenes de Washington sino a influencias de las grandes compañías imperialistas que presionan a sus propias legaciones y usan de éstas para para influir en gobiernos que tienen obsolutamente a sus órdenes. Como no tengo en mis manos aún varios documentos que se relacionan con esas expulsiones, me reservo de aludir a ellos, pero ya me parece un síntoma el enfermizo encono del señor Aguirre Velázquez contra mí, siendo conocido en toda América ese señor como un consocio, o cómplice, de los manejos de la United en su país.

Y por este camino y a propósito del aludido Velázquez llegamos a otro punto de su carta, referente a la necesidad de que el *Apra* «cambie de rumbos», orientando su acción más eficazmente contra nuestros propios males, contra nuestra corrupción política, contra todo lo que en nosotros y dentro de nosotros abre las puertas al imperialismo, le vende la riqueza de nuestros pueblos y enajena la soberanía de nuestros estados. ¡Estamos totalmente de acuerdo, mi ilustre y buen amigo!

El *Apra* no necesita «cambiar rumbos» para eso. ¡Son sus rumbos! El *Apra* es el resultado de la lucha de los buenos ciudadanos de Amé-

Juramento que prestaban los efebos de Atenas al incorporarse en la ciudad:

No deshonraré las armas sagradas que la patria me confía, y no abandonaré mi compañero de fila. Combatiré por todo lo que es santo y sagrado, con muchos o solo, y no entregaré a los que me sucedan la patria disminuida, sino más grande y más fuerte. Obedeceré a los magistrados y a las leyes, y si alguno derriba las leyes o las desobedece, las vengaré, solo, o con mis conciudadanos, y honraré la religión de mis padres. Invoco a los dioses en testimonio de mi juramento!

rica Latina contra los que la traicionan y venden. La mayor parte de los que somos fundadores del *Apra* somos desterrados por los despotismos criollos sumisos al imperialismo. A nosotros no nos odia más un gerente de la United que un latinoamericano que la sirve. Usted es testigo de lo que ocurrió conmigo en Costa Rica, con el diario de la United. Usó de métodos que por cierto pudor sajón un norteamericano no usa siempre por sí mismo. La infamia, la calumnia, el insulto, la baja propaganda, todo el lodo siniestro de las pasiones inferiores fue removido contra mí. La United o sus jefes no lo hicieron personalmente. Fueron nuestros criollos en subasta los que se prepararon a hacerlo. Yo he hablado con toda libertad en los Estados Unidos. En las Universidades de Harvard, de Columbia, de Washington, en la International House, en la convención de The Fellowship of Reconciliation de Asbury Park, en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, en inglés y en castellano, he emitido mis ideas libremente. He sostenido debates con profesores como Baxter y Haring, autoridades de dere- internacional, y aún con el jefe de la marina que dirigió el desembarco en Nicaragua en 1926. Debates públicos, ante cientos y miles de oyentes. Discutíamos con ideas, no con insultos. Recuerdo que en un debate de Williamstown, el representante de la Marina, irritado por las acusaciones que el ex-Ministro en Nicaragua y Bolivia, Mr. Horace Knowles hacía contra el imperialismo, se excitó exageradamente. Mr. Knowles, gritó exaltado: «Hemos asesinado a miles en Haiti y Nicaragua, en Santo Domingo y México.» El marino ante la declaración imprecisa gritó: «Cuántos miles!, precise el número!» y dió un formidable golpe sobre la mesa. Por consejo del Profesor Shepperd de la Universidad de Columbia yo corté rápidamente la disputa preguntando al marino si había perdido su ecuanimidad sajona y si era preciso que un latino se lo recordara. El enfurecido almirante tuvo que sonreír y sentarse, reconociendo su error en medio de grandes aplausos.

Es verdad lo que Ud. dice: «Si con un pretexto o con el otro nuestros gobiernos y nuestras rapaces burguesías se dejan sobornar por los cazadores de privilegios y les entregan lo mejor de nuestras riquezas, a cambio de las monedas de Judas: si la roña que nos corroe es hija por la sangre de ese tráfico del bien y el honor patrios en que han vivido nuestros gobiernos, «¿a que viene la grita o la protesta que no se empleen contra esos mismos funestos gobiernos y contra el séquito de sus secuaces?» Y yo le contestaré que apruebo lo que Ud. dice, aclarando: estudiemos y señalemos los verdaderos caracteres económicos del imperialismo. Reconozcamos su existencia y sus peligros. Señalémoslos y expliquemos al pueblo su proceso, haciéndole ver la necesidad de enfrentar al imperialismo que *es un sistema* económico, político y social, otro sistema económico político y social también, que se asiente en las bases de una conciencia antiimperialista. Comprendamos, como tantas veces lo he dicho ya, que el conflicto económico y político entre las dos Américas es un conflicto de presión y de resistencia. Si aquélla es mayor que ésta, no lograremos el equilibrio, y la presión dominante buscará su propio equilibrio a costa nuestra. Si la resistencia es mayor que la presión, entonces conseguiremos nuestro equilibrio y la fuerza que presiona hallará también su propio equilibrio.

Para esta obra gigantesca de crear una resistencia tenemos que organizar nuestra fuerza. Esto traté de explicar en mi última gira por México y la América Central. Solo organizando una fuerza política y moral latinoamericana que tienda a crear un sistema de resistencia antiimperialista y de renovación interior nos salvaremos. Esa es la doctrina del *Apra* en esencia. Todo lo que tienda a destruir o a minar nuestra acción defensiva debemos combatirlo implacablemente.

Por eso el gobernante que vende nuestras riquezas, el que vive de empréstitos absurdos, el que usa del poder para traficar con los intereses del pueblo, es enemigo del *aprismo*. Lo es también el periodista venal que intoxica la conciencia pública poniéndose al servicio del imperialismo. Lo es el intelectual individualista que no quiere organizarse y trabajar humilde y disciplinariamente en la gran tarea común. Enemigos del *aprismo* son todos los que por picardía, por miedo o por indiferencia, por mal entendida vanidad o por un falso concepto de independencia personal no toman lado en esta gran lucha que no es sólo contra el imperialismo, fuerza organizada con todos los auxilios de la técnica, sino también contra los que teniendo el deber de defender a nuestros pueblos se venden o se rinden al otro lado, negando nuestro credo tres y más veces, sin llorar después, como San Pedro, o vendiéndonos por treinta o más monedas como Judas.

En esta lucha, nuestros enemigos mas grandes son la ignorancia, la corrupción y el individualismo. La primera hace a los incomprensivos de nuestros problemas, a los que los mal-interpretan y los indiferentes; la segunda hace a los traficantes, a nuestras «rapaces burguesías», a los políticos que aluden arrogantemente a sus traiciones, diciendo que «sólo los asnos no cambian»; la tercera, nos da a los desviados y a los miedosos de tomar una bandera, porque creen perder su libertad; cuando con ese falso concepto de independencia no son sino esclavos de sí mismos y siervos de los enemigos que nos amenazan.

Y contra esas tres fuerzas siniestras tenemos que combatir. Ante todo es nuestro deber saber que el imperialismo supone lucha y que esa lucha tiene sólo dos campos. Los imperialistas y los antiimperialistas. El imperialismo esta organizado. El anti-imperialismo está desorganizado. Pues lo primero y más importante es organizarnos. Es lo más difícil en nuestros medios indisciplinados y perezosos. Dentro de la organización cabe la discusión para la dirección mejor. Dentro de las filas, cabe la contribución del esfuerzo individual para coadyuvar a la mayor eficiencia de la organización. Tenemos que cometer muchos errores y es necesario enmendarlos sobre el campo mismo de la acción. Por eso es necesario ante todo entrar al campo y dentro de él.

Upton Sinclair me decía estas palabras: «Nosotros los norteamericanos que somos anti-imperialistas sabemos que poco podemos hacer si los latinoamericanos no se unen y luchan sistemáticamente. Ustedes solos se salvarán: o ustedes se unen o ustedes perecen.»

Y esa es una admirable verdad. La unión previa de nuestras fuerzas es indispensable. Eso quiere el *aprismo*. Hagamos del *Apra* ante todo una fuerza gigantesca. Siendo fuerza será poder y siendo poder será acción saludable y bienhechora. La ideología *aprista* encarna todas las aspiraciones de los anti-imperialistas de América Latina. Defensa de la amenaza exterior; acusación y castigo del enemigo interior. Nosotros no hacemos ni podemos desarrollar una acción unilateral. Contra el enemigo de fuera y contra el enemigo de dentro, es nuestra consigna. Estoy de acuerdo con usted en que es necesario especializar nuestra acción contra el enemigo de dentro. Para eso necesitamos fuerza. Para eso necesitamos poder. Por eso el *Apra* es un Partido. Quiere la conquista del poder público. Quiere que su ideología tome todas las posiciones posibles para evitar que se continúe la obra de nuestra entrega, que hoy realizan gobiernos y servidores sin conciencia. Por eso el *Apra* esta contra los despotismos en América Latina. Los *apristas* del Perú estan desterrados, están perseguidos o están en las trágicas prisiones de San Lorenzo. La palabra *Apra* no puede pronunciarse en mi país. Y quienes persiguen a los *apristas* no son los soldados norteamericanos, por supuesto, son los soldados peruanos que ignorantes de lo que el gobierno les ordena, no hacen sino servir los intereses del imperialismo.

Mi anhelo como fundador del *Apra* ha sido siempre que ella oriente a los pueblos latinoamericanos hacia sus verdaderos problemas. Que no nos desviemos con demagogías ineficaces, con gritos inútiles, con arrogancias de gesto que nada construyen. Por eso me permití decir siempre a los *apristas* de Costa Rica que es necesario que hagan del *Apra* una fuerza, que prueben al pueblo que el *Apra* es renovación y es construcción, es saneamiento y es liberación. Que combatan a nuestros grandes enemigos interiores y que señalen valientemente a los culpables. Eso hacemos todos los *apristas* en cada país de América Latina. Y nuestro deber de lucha no es otro: organizarnos, disciplinarnos, orientar al aprismo en cada país según sus propios problemas característicos, según su propia realidad. No perder energías y hacer del *Apra* una

poderosa fuerza de moralización y de cura políticas que traiga como consecuencia justicia y bienestar.

Creo haber contestado a los puntos fundamentales de su carta [1], tal como Ud. generosamente me lo pide. No hay diferencia entre nosotros y el *aprismo* tiene en sus propios rumbos lo que Ud. insiuúa. Yo le invito una vez más a continuar en las filas de los *apristas* de Costa Rica y a prestarles su muy importante contribución. Yo sé que Ud. es un intelectual disciplinado y un hombre de indiscutible sinceridad y de muy alto valor moral. Su ayuda pues nos es necesaria. Como el imperialismo y sus agentes, los «gobiernos y las rapaces burguesías» cuentan con dinero, precio de su corrupción y de su trafico explotador, luchar contra ellos es difícil cuando no se tienen medios. Si la United puede pagar un gran diario o varios grandes diarios en Centroamérica, nosotros no podemos contar con esos elementos de de prensa, por ejemplo. Sólo nos salvará la organización, sistemada y disciplinada. El *Apra* costarricense debe ser infatigable en la propagación de su doctrina. Me parece que *La Declaración de Principios de la Sección Costarricense del Apra* es un documento que debe llegar a cada habitante del país. Es necesario que el pueblo entero de Costa Rica comprenda que el *aprismo* es hoy el verdadero credo civil de nuestra América. Deber de los *apristas* costarricenses es dar al *aprismo* de su país las direcciones más eficaces para cumplir su gran programa. *Cada sección nacional del Apra tiene la automía suficiente para orientar sus tácticas lo más eficientemente que se pueda.* Por eso la tarea de los *apristas* es luchar dentro de la organización como luchan los soldados en las filas del ejército, contribuyendo a la victoria colectiva.

La obra de saneamiento que Ud. propone debe cumplirse desde el *Apra* y por el *Apra*. Por eso nuestro Partido está formado por la Alianza de los Trabajadores manuales e intelectuales anti-imperialistas. Hay que cumplir la obra de nuestro Partido.

No quiero terminar esta carta sin felicitarle por la suya. Me agrada que plantee Ud. cuestiones trascendentes con su característica franqueza y honradez. Estamos juntos, amigo mío, y yo espero mucho de lo que Ud. pueda hacer en servicio del *aprismo* costarricense, que todo será en servicio de Costa Rica y de la causa de la libertad y de la justicia en la América Latina.

Le estrecho muy cordialmente las manos.

Haya de la Torre

(1) Véase la carta del Sr. Guardia Quirós en el *Rep. Am.* No. 18 del tomo XIX.

Señas de escritores: Guillermo de Torre.—Uruguay 634. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Blanca Sabas Alomá.—Neptuno 303, bajos. Habana. Cuba.

Magda Portal.—Casilla 2898. Santiago de Chile.

Adhesión.—Nos escribe Cornelio Hispano:

Bella, bellísima me parece su idea de dedicar en cada entrega del *Repertorio Americano* algo al genio Libertador de América, lo único bien grande que tenemos, sin duda.

De la *Memoria de Instrucción Pública* que en 1920 presentó al Congreso el señor García Monge, trasladamos este párrafo de cierta actualidad:

A las Juntas de Educación se les debe mucho (el saldo a su favor el 31 de diciembre último subía a ₡ 237617-53). La Secretaría les ha devuelto lo que ha podido; hasta la fecha, la suma de ₡ 47490-15.

Una que otra Junta, como la de San Antonio de Belén, ha logrado construir nuevo edificio escolar. Las más, han solicitado dinero para reparar los que hay, y para darles útiles a los hijos del pueblo. Pero sus necesidades son más. A medida que las escuelas públicas imparten una enseñanza más racional y provechosa, a medida que amplían su radio social y económico y se incorporan a la vida de la comunidad, sus necesidades van siendo mayores y por lo tanto, los gastos, que no deben escatimarse. Y esto durará tanto tiempo como tarden las escuelas en crearse rentas propias, a lo que llegarán sin duda alguna.

Cada vez se ve más clara la necesidad de dar este paso grave: la independencia económica del Departamento de Educación. Que tenga sus rentas a la orden en uno de los Bancos de la ciudad y que las administre por su cuenta y riesgo. Es muy poco lo que se hace y se hará, mientras las rentas destinadas al fomento de la cultura pública se consoliden en el Tesoro Nacional. Siempre vivirá la Secretaría en estrechez y dificultades; no podrá impulsar con holgura y presteza tantas actividades útiles que darían vida nueva a las escuelas y colegios.

También hay que aumentar las rentas. Esta reforma y otras de capital importancia y urgente implantación, como el Consejo Nacional de Educación, el Patronato de Estudiantes en el Extranjero, están consultadas en el proyecto de Código de Educación presentado oportunamente a la Secretaría por sus autores, don Justo A. Facio y don Luis Felipe González, y estudiado ya por una comisión de Inspectores de Escuelas y Directores de Colegios. Aprobado ya por el Gobierno del señor Aguilar Barquero, es ley de la República, una de las más importantes y trascendentales que le ha tocado en suerte promulgar. Es bastante probable que dentro de poco este Congreso conozca de tal Código; del patriotismo y de las luces de Uds. dependerá que salga con bien de la aventura.

Tablero

= 1930 =

Historia: El Congreso de 1920 desaprobó, desgraciadamente, el Código de Educación de que antes se ha hablado. Pero a él tendrán que volver, con modificaciones, tarde o temprano.

A propósito, en estos días nos reconfortamos con la lectura de las **Obras** de D. F. Sarmiento. Pues bien, en el tomo 49, *Memorias*, nos hemos hallado, muy complacidos, este párrafo de una página en que se recuerda al Ministro don Manuel Montt, de Chile. Trascribámoslo:

Al llegar (Sarmiento) de Europa díjome (don Manuel Montt): ¿Cuál es el resultado en dos palabras de su viaje educacional? y sobre esas dos palabras [1] está montado todo el proyecto de educación primaria que presentó al Congreso.

(1) Esas dos palabras fueron: ***rentas propias*** y ***edificios propios***.

El libro: *Héroes del campo.* Escenas y paisajes de la vida rural de Costa Rica. Episodios y anécdotas de la vida rural de Costa Rica, también se lee en la cubierta, con lo que el libro se define. Talleres Gráficos de *La Tribuna*. 1929. San José, Costa Rica.

El autor: Modesto Martínez, que ha tenido la bondad de obsequiarnos con un ejemplar. Ilustraciones de Solano.

Este lector ama el campo, nació en él, pasó hasta la mocedad en él. Tiene la cabeza (o el corazón) llena de gratos recuerdos agrarios.

Por eso ha leído (vuelto a leer, ciertos de los artículos) este libro con gusto.

Tiene el campo también su moraleja. El autor, a veces, casi siempre, se la busca o se la saca. Cierta ética rural anima la obra. Sin moraleja el campo nos gusta más.

Al autor, ciertamente, le interesan nuestros campesinos, en lo pintoresco sobre todo. Describe bien y humaniza el paisaje, que ha observado en todas las estaciones, con cierto sentido civil y artístico. Le complace pintar nuestros campos. Enfoca hábilmente el aspecto trágico del pueblo costarricense.

Modesto conoce bien los animales (pájaros, insectos, que son los más difíciles de conocer) que viven en los campos. Los conoce como artista (en lo pintoresco) y como hombre de estudio o de ciencia. Conocedor de animales y plantas de Costa Rica, como pocos, es el autor.

Creo que Modesto no nació en el campo; de ahí que una vez que otra, en el libro, sintamos como que ciertas apreciaciones están erradas. Nos parece que a ratos su visión del campo es imaginaria, sentimental. Tal vez uno que otro cuadro nos ha parecido ficticio. Pero digamos también que conoce bien nuestra tierra. Como cazador que ha sido, y es. Digamos que posee también experiencia infantil del campo.

Los bueyes le interesan a Modesto, y el artículo *Por los bueyes*, deveras emociona. Cuando alzamos los ojos y vemos estas altiplanicies cultivadas, civilizadas, sentimos que al buey le debemos un monumento como expresión de gratitud.

Le interesan también los viejos del campo. Y mucho, los niños. Buena piedad de escritor palpita en los artículos de este libro.

Las piezas que más nos han gustado serían estas: *El patriarca moribundo*, *La tragedia de ñor Romano* (de lo mejor), *Para todos da Dios*, *Al medio día*, *Hacia el mar*, *El machetazo*, *El barranco de las brujas*, *Devón* y *El eterno amor*.

Del estilo? Digamos que los artículos están escritos en función del periodista que antes era Modesto. Y con ello hemos dicho que el estilo peca un tanto. De que?... El tono declamatorio (aspecto social, moral, de ciertos pasajes) también es de periodista. El periodista tiene mucho de orador; se propone persuadir.

Algunas de las ilustraciones de Solano nos han parecido bien.

(Pasa a la página 158)

Bolívar y Humboldt

= De *El libro de Oro de Bolívar*, por Cornelio Hispano, París. Casa Editorial Garnier Hnos. 1925. =

En agosto de 1804 llegó a París el barón Alejandro de Humboldt, de regreso de América, en cuyas regiones equinocciales, en compañía de un joven alumno de la Escuela de Medicina y del Jardín de Plantas, Aimé Goujaud Bonpland, acababa de hacer importantes descubrimientos científicos y de efectuar un viaje de 9.000 leguas. En aquellos días el sabio barón era el huésped predilecto de los salones de París, y allí se encontró por primera vez con Bolívar, catorce años menor que él, y a quien dispensó la más afectuosa acogida, pues el joven caraqueño estaba emparentado con los mantuanos de Caracas, o sea las familias de la más alta sociedad, que habían colmado de atenciones al barón y de quienes él conservaba los más gratos recuerdos. Los Ustáriz, los Toros, Ávila, Soublette, Montilla, Sanz y otros más lo habían festejado en sus casas y en sus haciendas; don Andrés Bello lo había acompañado a *la silla del Ávila.* La familia del futuro general Ibarra le recibió en aquella finca de ***Bello Monte,*** en donde, el día de Reyes de 1800 se creyó Humboldt transportado, como él mismo decía *a una mansión de hadas* (¹). Bolívar lo visitaba con frecuencia en París, y sentía despertarse en su corazón profunda admiración por aquellos magníficos países cuyos innumerables y estupendos aspectos describía el sabio alemán. Así, por primera vez, se revelaron al espíritu arrebatado de Bolívar la flora y la fauna, los tesoros naturales tan variados y tan ricos del Nuevo Mundo. También le hablaba Humboldt de los sentimientos y de las aspiraciones que había observado en esos pueblos, y era entonces cuando Bolívar lo escuchaba con más sostenida atención.

—Señor barón, exclamó un día el joven, usted que acaba de recorrer el continente americano y que ha podido estudiar su espíritu y necesidades, ¿no cree que ha llegado el momento de darle una existencia propia, desprendiéndolo de los brazos de la Metrópoli? ¡Radiante destino el del Nuevo Mundo si sus pueblos se vieran libres del yugo, y qué empresa más sublime!

—Creo que la fruta está madura, respondió el barón, pero no veo al hombre capaz de realizar tamaña empresa.

—Puede ser que lo encontremos...

—¿Usted se dirige ahora a la Costa Firme? preguntó Humboldt.

—Sí, señor barón, voy a buscar a ese hombre en mi patria.

(¹) Refiere don Aristides Rojas que pocos días antes de la muerte de Humboldt, Pablo de Rosti le mostró un álbum de fotografías tomadas en Venezuela, entre las cuales figuraba el legendario *Samán de Güere* que aun hoy se yergue entre Turmero y Maracay. Cuando el anciano sabio vió el Samán, se llevó la mano a la frente, los ojos se le llenaron de lágrimas y, agitado en lo más hondo del alma por aquel recuerdo, habló «de los días en que el entusiasmo juvenil ponía un sello de belleza a sus estudios». «El Samán, agregó, se haya exactamente tal como lo vimos Bonpland y yo. En cambio, ¿qué es de nosotros?...»



Bolívar en 1810

Del natural por *Ch. Gil*

—¿Y si no lo encuentra usted?

—¡Lo formaremos!

—Quisiera dar a usted el poder de Dios para tal empresa.

—Los pueblos, replicó Bolívar, en los momentos en que sienten la necesidad de ser libres, son poderosos como Dios, porque Dios los inspira.

Estas profundas palabras traen a la mente aquellas que el 11 de marzo de 1828 decía Goethe a su confidente Eckermann:

«Existe como un poder demoníaco que impele al hombre a su gusto, cuando éste cree obrar por sí mismo. En tales circunstancias el hombre debe ser considerado como el instrumento del gobierno supremo del mundo, como la palanca que ha sido juzgada digna de recibir el impulso divino (¹).»

Los pueblos de América, en efecto, se conmovieron poco tiempo después, del uno al otro extremo, como se conmueven y sacuden y truenan las cordilleras cuando las agita el fuego que vibra en sus entrañas. El grito de libertad e independencia lanzado primero en La Paz, el 16 de Julio de 1809, después en Quito, el 10 de agosto, más tarde en Caracas y en Bogotá, el 19 de abril y el 20 de julio de 1810, abría la historia de esa guerra titánica que remató, el 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho, un ejército heroico y compacto de colombianos, venezolanos, argentinos, peruanos, bajo el genio y la espada de Bolívar.

(¹) *Conversations de Goethe.* Paris, Charpentier, II. 10

Consumada la independencia, el barón de Humboldt, meditando, sin duda, en los inescrutables designios de Eterno, escribía a su joven amigo de París, tres lustros después de su encuentro:

«La amistad con la cual el general Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una época que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente, me hace esperar que, en medio de los triunfos coronados por una gloria fundada por grandes y penosos trabajos, el presidente de Colombia recibirá todavía con interés el homenaje de mi admiración y de mi decisión afectuosa».

En otra ocasión le decía:

«En medio de las grandes y generosas acciones de Vuestra Excelencia, que son la admiración de ambos hemisferios, su corazón ha permanecido siempre sensible a los acentos de la amistad. Las cartas de Vuestra Excelencia me lo han probado; las conservo como un monumento precioso de la benevalencia de Vuestra Excelencia para conmigo, como el más hermoso título de gloria de una vida consagrada a defender, con armas más débiles, es cierto, los progresos de la razón y de una prudente libertad...

«Una voz interior me dice que nos volveremos a ver en esta vida, pero en ese continente que debe su libertad, menos todavía a la gloria de las armas de Vuestra Excelencia que a la noble moderación de su alma, y en donde espero terminar mis días (¹)...»

No se cumplieron los pronósticos del sabio barón, pero sobrevivió a su amigo hasta 1859, cuando la posteridad había consagrado ya, en última instancia, la gloria del Libertador.

Veintitrés años después de la muerte de Bolívar, en 1853, en una conferencia que por orden de lord Clarendon tuvo con Humboldt, en Berlín, el general O'Leary, amigo y edecán que fué del Libertador, para tratar asuntos relacionados con la apertura de un canal interoceánico por el istmo del Darién, Humboldt, después de haber departido con su interlocutor sobre esta cuestión, habló enseguida de la América española y de Bolívar:

«Le traté mucho después de mi regreso de América, dijo, a fines de 1804. Su conversación animada, su amor por la libertad de los pueblos, su imaginación brillante, me lo hicieron ver como un soñador. Jamás le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Durante mi permanencia en las colonias españolas, jamás encontré descontento. Más tarde, al empezar la lucha, fué cuando comprendí que me habían ocultado la verdad, y que en lugar de amor existían odios profundos que estallaron en medio de un torbellino de represalias y de venganzas. Pero lo que más me asombró

(¹) O'Leary. *Correspondencia con el Libertador. Humboldt a Bolívar.* París, 29 de Julio de 1822; 28 de noviembre de 1825 y 21 de marzo de 1826.

fué la brillante carrera de Bolívar, a poco de habernos separado, cuando dejé a París para seguir a Italia. La actividad, talento y gloria de este grande hombre me hicieron recordar sus raptos de entusiasmo, cuando juntos uníamos nuestros votos por la emancipación de la América española. Me había parecido, por el estudio que había hecho de los diversos círculos de la sociedad americana, que si en algún lugar podía surgir un hombre capaz de afrontar la revolución, era en Nueva Granada, que había dado manifestaciones a fines del último siglo, y cuyas tendencias no me eran desconocidas. Mi compañero Bonpland fué más sagaz que yo, pues desde muy al principio juzgó favorablemente a Bolívar, y aun le estimulaba delante de mí. Recuerdo que una mañana me escribió diciéndome que Bolívar le había comunicado los proyectos que le animaban respecto de la independencia de Venezuela, y que no sería extraño que los llevara a remate, pues tenía de su joven amigo la opinión más favorable. Me pareció entonces que Bonpland también deliraba. El delirante no era él sino yo, que muy tarde vine a comprender mi error respecto del grande hombre, cuyos hechos admiro, cuya amistad me fué honrosa, cuya gloria pertenece al mundo» (¹).

He aquí a Humboldt, *el genio de los descubrimientos*, como le llamó Víctor Hugo, rindiendo homenaje póstumo al genio de la libertad de América.

Boussingault nos dejó este retrato íntimo del sabio francófilo y demócrata, tildado de ateísmo, del «gato enciclopédico», como se le llamaba en París:

«Vivía en el muelle Napoleón, cuarto piso (muelle de la Escuela, número 26), en un cuarto con vista hacia el Sena, casi en frente de la Moneda. Tenía cincuenta y cinco años. Su estatura era mediana; tenía los cabellos blancos, la mirada indefinible y la fisonomía viva



Humboldt

y espiritual. Estaba un poco picado de viruelas, enfermedad que contrajo en Cartagena de Indias. Tenía una parálisis del brazo derecho, como consecuencia de la afección reumática que contrajo por dormir sobre un lecho de hojas húmedas en las riberas del Orinoco. Cuando quería escribir o dar la mano, tenía que levantar con la izquierda el antebrazo paralizado, a la altura necesaria. Su traje era del corte que se usaba en la época del Directorio: casaca azul con botones amarillos, chaleco amarillo, pantalón rayado, botas con vuelta —las únicas que había en París hacía 1821,—corbata blanca y sombrero hecho con lástima.

«Creía encontrar al chambelán del rey de Prusia en una habitación espléndida, y fué, por lo mismo, grande mi sorpresa cuando entré a la casa del célebre viajero. Trabajaba en una alcoba pequeña, que tenía una cama sin cortinas, cuatro sillas de paja y una gran mesa de pino, en la que escribía. Toda la tabla de la mesa estaba cubierta de cálculos numéricos y de logaritmos. Cuando ya no había espacio para una sóla cifra, venía el carpintero y pasaba una garlopa. No tenía libros, o apenas uno que otro, como las *Tablas* de Callet y el *Conocimiento de los tiempos*.

«Comía en los ***Hermanos provenzales***. Por las mañanas pasaba siempre una o dos horas en el café de Foy, y se dormía allí después del almuerzo» (¹).

Humboldt tuvo el honor de haber sido leído con entusiasmo por Napoleón en aquellos días de la Malmaisón que siguieron al desastre de Waterloo.

Cuando el emperador se encontraba solo continuaba la lectura de un libro de Alejandro de Humboldt: *Los Viajes a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Su imaginación le transportaba a América. Soñaba en seguir las huellas del ilustre sabio, en ocuparse en grandes trabajos científicos. Con Monje hablaba de sus proyectos: «Necesito un compañero que me ponga rápidamente al corriente del estado actual de las ciencias: luego recorreremos juntos el Nuevo Mundo, desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos, y en este inmenso viaje estudiaremos todos los grandes fenómenos de la física del globo. Monje amaba profundamente a Napoleón, y decía que jamás en el trono, a la cabeza de los ejércitos, le había parecido tan grande, tan digno de admiración como en aquel momento en que derribado por la suerte se erguía para empezar una nueva vida» (²).

Cornelio Hispano

(¹) Centenario de Bolívar. Bogotá. 1883.

(¹) Cf. sobre Humboldt: ARISTIDES ROJAS. *Recuerdos de Humboldt*. Puerto Cabello, 1874.—T. E. HAMY. *Lettres américaines d' Alex de Humboldt*. París, 1909.—ALEX DE HUMBOLDT. *Correspondance scientifique el littéraire*. París, 1865-69.

(2) PEYRUSSE. *Memorial et Archives*. (Citado por Houssaye, 1815, pág. 215).

Carta a Vasconcelos después de las elecciones mexicanas

Querido Maestro:—

Numerosos admiradores suyos de América y de Europa, que me saben en correspondencia con usted, me piden que le escriba para expresarle una vez más, la simpatía que le profesamos todos, y con qué ansiedad se le siguió en las peripecias de lo que usted mismo ha de nominado, su «aventura presidencial».

Bien sé yo, que las presentes líneas llegaán a su destino después del Domingo 17 de Noviembre, fecha histórica en que el pueblo mexicano acudirá a las urnas para sellar su voluntad: Pacto de libertad para las conciencias honestas y fardos de cadenas y de oprobios para los crápulas y los lacayos.

Esta carta, pues, por más rapidamente que navegue, llegará con retraso a su poder. ¡No importa! Lo que queríamos manifestarle antes, y ya lo han dicho a su tiempo voces doctas (¿No es verdad, Gabriela Mistral, Manuel Ugarte, Max Grillo, Francisco García Calderón?), podemos repetirlo hoy sin aguardar los resultados de los comicios. No buscamos oportunidad, ni intentamos, yendo al encuentro de los acontecimientos, glosar una victoria ni atenuar una derrota. Nos limitamos a ser los amigos de siempre: Los que le saludaron en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en el Perú, en Montevideo; los que le aplaudieron en Puerto Rico, en la Habana, en Santo Domingo, en el Brasil; los que lo aprecian en Colombia y le leen semana a semana, en las columnas vastas de *El Tiempo* de Bogotá. El lector anónimo de sus obras que le vió desembarcar un día en un puerto de la raza, y el otro, los otros, el colega, los discípulos que le estrecharon la mano para darle la bienvenida, se unen hoy en un mismo sentimiento de cordial devoción, y sea cual fuese el saldo definitivo de este torneo electoral, estamos con usted, ahora más que nunca. Usted no necesita el lauro plebiscitario para descollar en el corazón de los hombres lucidos. Ya alguien de nosotros

ha recordado (¡y de qué peso es la autoridad de esta mujer!) con esa franqueza magnífica que hace encolerizar a los mentecatos, que su obra de mentor «fué extraordinaria y que, pasados cinco años, de su reforma, cuanto se hace en la América del Sur con el nombre de *reforma educacional*, es saqueo bienaventurado de sus ideas y de su plan».

Cuando Hispanoamérica (¿y por qué no también España?) supo que el Maestro de la Juventud trocaba su cátedra de la Universidad en la otra, en la más elevada que puede aspirarse en un magisterio, se pensó en seguida en aquel iluminado, «el que sacaba las cosas de sí», y cuya obra de gobierno signe palpitando en el seno de la nacionalidad rioplatense. Y bien se sabe que al hablar del progreso de la Gran República, no es posible hacerlo, cabalmente, sin enaltecer al que fué uno de los sólidos pilares de aquella joven democracia.

Esta evocación instintiva, de Domingo F. Sarmiento, es signo venturoso del lugar que ha venido usted a ocupar en la conciencia de veinte pueblos. Se hizo por derivación, y sin ningún esfuerzo mental, un paralelo entre la Argentina de hoy y el México de mañana. Uno de nuestros mejores camaradas del Ecuador (César E. Arroyo), en su exaltación generosa (y severa la vez a lo Montalvo), llegó a forjar en libro conciso un panorama ideal de la tierra azteca para el año de 1935. Al mismo tiempo, uno de los «Creadores de la Nueva América», ilustre compatriota del Presidente-Educador, nos aconsejaba cómo debíamos nosotros, los hispanoamericanos, ver a México. Este país—decía Manuel Ugarte—, «es hoy la proa de la América Latina, no sólo a causa de las dificultades internacionales que le cercan, sino a consecuencia de los mismos problemas interiores que está resolviendo, problemas que, si miramos bien, afectan con mayor o menor intensidad a todas nuestras Repúblicas». Desde el Cabo de Hornos al Río Grande se repitió luego las graves palabras de este fervoso alertador: «Y preguntémosnos si, oscura o indirectamente, en medio de sus dolorosas audacias, no está México trabajando, en el vértice de la tempestad, por todos nosotros».

¿Cómo, pues, querido Maestro, podíamos permanecer neutrales y mudos en esta lucha cívica del pueblo que nos abrió las puertas de la más amplia ciudadanía? Usted mismo, en su periplo oficial nos enseñó a identificarnos con su patria, a amar a sus héroes. ¿Acaso hemos olvidado su sermón laico de Río de Janeiro al pie de la flamante estatua a Guauhtemoc?

Si hay algo de bello e innegable en el espíritu de la Revolución Mexicana, es ese hálito de confraternidad indoespañola que culminó con usted, desde la Secretaría de Educación Pública. Confesamos sin ambages, que no sabemos lo que debiéramos conocer de otros Estadas gemelos: pero todos interpretamos, o, por lo menos, entrevemos lo que pasa en el extremo norte de nuestra frontera hispana, largo muro donde se estrella la civilización opuesta; de ahí nuestra inclinación por México y nuestra comunión perfecta con usted. Este, nuestro mirar desasosegado hacia el solar de Benito Juárez, no debiera confundírsele nunca con la fea palabra que está en boga: «intromisión»; ni con la otra más irritante aún en los labios fraternos: «extranjería».

Con la Argentina potente, ágil, enhiesta, al Sur, y con un México, redimido y revivido después de tres lustros de sangría inútil, en el Septentrión, todavía la Patria Grande puede salvarse de este desquicio moral y terreno en que nos hallamos. Por eso acudimos a usted; por ello es que todos los ojos están fijos en el Valle de Anáhuac y en su Nuevo Constructor. El triunfo de su causa lo aspiramos por los intereses limpios de su nación y por nosotros. Y por la humanidad entera que necesita de estas floraciones para no caducar. Sabemos que su gobierno no destruirá, no elevará templos a Huitzilopochtli, sino que será Quetzalcoalt quien imperará como adusta norma. No la romperá usted, no precisamente porque la América le exige lo que no podría instarle a un verdugo, sino por el respeto que se debe usted a sí mismo, a sus semejantas y a sus hijos.

Pretendemos su victoria; votamos en nuestra conciencia por usted; nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas y nuestros infantes se han congregado alrededor de su candidatura. Pero bien sabemos que en las democracias (¡cuán lejos estamos de Atenas!) no sólo la cédula decide el destino de una colectividad. La mayoría ciudadana—en número y en calidad—y los «intereses creados» intervienen en la contienda política. Cada parte defiende un propósito deliberado. ¿Cuál de las dos vencerá? No es nuestra intención asentar pronósticos a la hora en que éstos ya no tienen razón de ser. Sus amigos del exterior no quieren decirle, a fuer de sinceros, que creen *absolutamente* en su triunfo. Lejos de nosotros esa vanidad profética. Ni derecho de vaticinar tenemos quienes observamos el desarrollo de esta lid a millares de leguas de distancia.

Cuando este Mensaje llegue a México, ya la suerte política de usted se habrá jugado, y el país se habrá hecho merecedor o no de una administración modelo como la suya. Sea el éxito o el fracaso, una verdad es indudable en medio de todos los ataques y contra ofensivas de esta recia batalla electiva: Ningún aspirante a la Presidencia de México—ni el propio mártir Francisco I. Madero, que surgió de la sombra a la más excelsa claridad—, ha tenido una opinión extramuros más favorable que la suya. No sabemos todavía nada de un triunfo eventual ni de una eventual derrota. Pero así como abundan los optimistas, no faltan, ¡ay!, en la fila de los nuestros, los escépticos. (Esta acedía que es lo que corroe al Continente).

Si las cifras del cómputo le son adversas, y si mañana habría que comenzar de nuevo, toda Iberoamérica lo respaldará y estaremos por segunda vez con usted. Esto le dirá con secreta elocuencia, que su personalidad moral brota intacta, más noble que nunca, de esta jornada cívica que ha durado un año y, en la cual, no siempre la serenidad fué la nota predominante.

Si el pueblo de Guatimozin no le llama hoy a ocupar el más alto sitial de su país, otras provincias de América, atentas siempre a su palabra y a su apostolado, le suplican que se digne usted visitarlas, y aquí tengo en cartera, en primer término, la invitación que le hace por mi modesto conducto, el importante periódico *El Tiempo* de Bogotá, para que usted nos dicte en Colombia un ciclo de conferencias.

Yo sé que este ruego le congratulará por la suma simpatía que tiene usted y le merece la patria de Asunción Silva. Además, esta súplica viene de una publicación que usted aprecia y distingue en alto grado, en donde su pluma colabora al lado de sus amigos Nieto Caballero, Sanín Cano, Alejandro López, Francisco García Calderón, Max Grillo, Manuel Ugarte, López de Mesa, etc. Refiriéndose a su Director Propietario, acaba de escribir Gabriela Mistral (y yo sé cuánto estima usted esta oponión y por ello la menciono con especial deleite), que ella agradecía al Dr. Eduardo Santos que «en esa sábana liberal, que es su diario, no se nos estropee ni se nos ensucie ni se nos desdeñe nuestra creencia a los que la tenemos y que la llevamos con nosotros, porque no somos los que la dejan en casa». «La lectura del *Tiempo* me ayuda y me nutre el americanismo que cuesta alimentar lejos...»

Bien vale esta cita, porque se trata de la eminente pensadora chilena y del rotativo que lo invta a usted para este viaje fecundo a la tierra del Libertador. Los leyentes del *Tiempo*, que es toda Colombia, tendrían de esta suerte el goce de oirle de viva voz en el ruedo de la plática, y de aplaudir de cerca, su luminosa prédica de Maestro y de Civilizador.

Perdóneme que en mi afán de escribirle con premura, no haya tenido tiempo para ser breve. Sus amigos nos habíamos agrupado en torno de usted antes de la campaña electoral. Lo seguimos estando ahora. Sea lo que venga después, la lealtad o la ingratitud de los hombres, siempre nos hallará usted a su llamado. Eso era lo que numerosos admiradores suyos de América y de Europa, querían que yo dijese a usted.

Cierro la misiva con una frase suya, que es un saludo y una promesa del corazón: «Por mí raza hablará el Espíritu».

Carlos Deambrosis Martins

P. D.—: Terminada esta carta noto que no sé adonde dirigirsela, porque ignoro en qué lugar estará usted dentro de dos semanas, es decir, cuando la presente llegue a México. Se la mando pues,—y perdóneme esta libertad—, en *carta abierta*. Este procedimiento tiene el inconveniente—o la virtud—que el texto será leído por todo el mundo antes que llegue a manos del destinatario. Quizá algún amigo amable de usted—y no son pocos—hará llegar estas líneas de adhesión a su definitivo puerto de arribo *(C. D. M.)*

(Envío del autor)

París, 10 de Noviembre de 1929.

Isadora Duncan y la pedagogía de la libertad

=De *Mi vida*. Edit. Cenit. Madrid. 1929=

El carácter de un niño está ya en su plenitud en el seno de la madre. Antes de que yo naciera, mi madre sufría una gran crisis espiritual; su situación era trágica. No podía tomar ningún alimento, excepto ostras y champaña helados. Si se me preguntara cuándo empecé a bailar, contestaría: «En el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras y del champaña, el alimento de Afrodita.»

Mi madre estaba en aquellos tiempos soportando una experiencia tan trágica, que solía decir con frecuencia: «Este niño que va a nacer no será normal,» y esperaba a un monstruo. Y, de hecho, desde el momento de mi natalicio, parece que empecé a agitar brazos y piernas con tal frenesí, que mi madre exclamó: «Ya veis que tenía razón: esta niña es maniática.» Pero más tarde, colocada con mis andadores en el centro de la mesa, era el divertimiento de toda la familia y de los amigos y quería bailar todas las músicas que se tocaban.

Mi primera memoria es de un incendio. Recuerdo que fuí lanzada a los brazos de un *policeman* desde lo alto de una ventana. Debía de tener entonces dos o tres años, pero recuerdo distintamente la sensación de seguridad que, en medio de toda aquella excitación—gritos y llamas—, tuve al rodear con mis bracitos el cuello del *policeman*. Debía de ser un irlandés. Oigo aún gritar a mi madre con frenesí: «¡Hijos míos, hijos míos!», y la veo contenida por la multitud, que la impedía penetrar en la casa, donde creía ella que quedaban mis dos hermanos. Después recuerdo que encontramos a los dos muchachos sentados en el suelo de una tienda, poniéndose sus calcetines y zapatos. Recuerdo también que subimos a un carruaje y que, finalmente, nos sentamos en un sitio a tomar chocolate hirviendo.

Nací a la orilla del mar, y he advertido que todos los grandes acontecimientos de mi vida han ocurrido junto al mar. Mi primera idea del movimiento y de la danza me ha venido seguramente del ritmo de las olas. Nací bajo la estrella de Afrodita—Afrodita, que nació también del mar. Cuando su estrella está en ascensión, me sucede siempre algo agradable. En estos períodos, la vida se me hace más ligera, y me siento capaz de crear. He comprobado que la desaparición de la estrella de Venus va unida a sucesos que me son desagradables. La ciencia astrológica no tiene hoy quizá la importancia que tuvo en tiempos de los antiguos egipcios y caldeos; pero no hay duda que nuestra vida psíquica está bajo la influencia de los planetas, y si los padres lo comprendieran así, estudiarían la rotación de las estrellas para crear hijos más hermosos.

Creo también que existe una gran diferencia en la vida de un niño, según nazca junto al mar o en las montañas. El mar siempre me ha atraído, en tanto que las montañas me infunden un sentimiento de malestar y un deseo de huir: me dan la sensación de que soy prisionera de la tierra. Cuando dirijo mi vista a las cimas, no siento la admiración del turista corriente, sino que deseo brincar sobre ellas y escapar. Mi vida y mi arte nacieron del mar.



Cuatro actitudes de *Isadora Duncan*

Arriba: croquis de *Boundelle*.

Abajo: croquis de *José Clara*.

Tengo que estar agradecida al hecho de que, siendo yo joven, fuera pobre mi madre. No podía tener sirvientes ni ayas para sus hijos, y a esto debo la vida espontánea que pude expresar siendo niña y que no he perdido nunca. Mi madre enseñaba música para ganarse la vida, y como daba sus lecciones a domicilio, estaba fuera de casa todo el día y muchas horas de la noche. Cuando podía escaparme de la prisión de la escuela, era libre; podía vagar sola, a la orilla del mar, y seguir mi fantasía. ¡Qué lástima me dan los niños seguidos constantemente por sus ayas, constantemente protegidos, cuidados y vestidos con elegancia! ¿Qué vida es la suya? Mi madre estaba muy atareada para pensar en los peligros que pudieran sobrevenir a sus hijos, y por eso mis dos hermanos y yo podíamos libremente seguir nuestros impulsos vagabundos. Por fortuna, mi madre era deliciosamente descuidada. Digo «por fortuna» porque a esta vida salvaje y sin obstáculos de mi niñez debo la inspiración de la danza que he creado y que no es sino la expresión de la libertad. Nunca estuve sujeta a esos continuos «niña, no hay que hacer esto ni lo otro», que hacen miserable la vida de la infancia.

A la edad de cinco años fuí a la escuela pública. Me parece que mi madre prevaricó sobre mi edad. Era necesario encontrar un sitio donde dejarme. Creo que lo que uno está llamado a hacer en su vida es claramente expresado en la infancia. Yo era ya una bailarina y una revolucionaria. Mi madre, que había sido bautizada y educada por una familia católica irlandesa, fue una católica devota hasta el momento en que descubrió que mi padre no era el modelo de perfección que ella había creído siempre. Se divorció y abandonó el hogar con sus cuatro hijos, cara a la vida. Desde entonces su fe en la religión católica se convirtió violentamente en un ateísmo definido. Y se hizo adepta de Bob Ingersholl, cuyos libros solía leernos.

Entre otras cosas decidió que todo sentimentalismo carece de sentido, y siendo yo una niña todavía, nos reveló el secreto de los Reyes Magos. El resultado fue que, cuando, por Pascuas, estaba la maestra repartiéndonos bombones y pasteles, con la frase: «Mirad, niñas, lo que os han traído los Reyes», yo me levanté y exclamé solemnemente: «No le creo a usted. Los Reyes no existen.» La maestra quedó muy descontenta, y dijo: «Los bombones son únicamente para las niñas que creen en los Reyes.» «Entonces—contesté yo—no quiero sus bombones.» La maestra montó torpemente en cólera y, para hacer un ejemplo conmigo, me ordenó que me acercara y me sentara en el suelo. Me acerqué y, volviéndome a la clase, pronuncié el primero de mis famosos discursos. «Yo no creo mentiras,» grité. «Mi madre me ha dicho que era muy pobre para fingir la historia de los Reyes; únicamente las madres ricas pueden aspirar a ser Reyes Magos y hacer regalos a sus hijos.»

En esto, la profesora me cogió por un brazo y quiso obligarme a sentarme en el suelo. Entonces yo encogí mis piernas y me agarré con tal fuerza a la profesora que no pudo conseguir otra cosa que golpear con mis talones el entarimado. Después de este fracaso, me envió a un rincón, para que quedara allí mirando a la pared. Así lo hice, pero, de vez en cuando, volvía la cabeza y exclamaba: «No son los Reyes; no son los Reyes», hasta que, finalmente, se vió obligada a enviarme a casa. Por el camino, yo no dejaba de gritar: «No son los Reyes», y nunca he podido comprender la injusticia con que había sido tratada, privada de bombones y castigada por decir la verdad. Cuando conté luego el caso a mi madre, diciéndole: «¿No tenía yo razón? ¿No es verdad que no existen los Reyes?», ella contestó: «No hay Reyes magos; no hay Dios; no hay nada más que tu propio

espíritu para que te ayude.» Y aquella noche, según me senté, en cuclillas, a sus pies, mi madre nos dió a todos una lectura de Bob Ingersholl.

Creo que la educación general que el chico recibe en la escuela es absolutamente inútil. Recuerdo que en la escuela se me consideraba como una chica asombrosamente lista, y a la cabeza de toda la clase, o como una estúpida sin remedio, en el último extremo de la cola. Todo dependía de un poco de memoria y de si yo me tomaba o no el trabajo de aprender a repetir los temas que se nos indicaba. Pero nunca tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Estuviera a la cabeza o a la cola de la clase, el tiempo transcurría muy lentamente y yo no dejaba de mirar al reloj hasta que sonaban las tres, y nos sentíamos en libertad. Mi verdadera educación se realizaba por las noches, cuando mi madre nos tocaba obras de Beethoven, Schumann, Schubert, Mozart o Chopin y nos leía en voz alta pasajes de Shakespeare, Shelley, Keats o Burns. Eran para nosotros horas encantadas. Mi madre recitaba casi todas las poesías de memoria, y yo, por imitarla, un día, en la escuela, a la edad de seis años, durante un festival, arrebaté a mi auditorio recitando *Antony to Cleopatra*, de William Lytle:

I am dying, Egipt, dying!
Ebbs the crinson life-tide fast.

En otra ocasión, la maestra nos pidió que escribiéramos nuestra historia, y mi relato fue como sigue:

«Cuando tenía cinco años, vivíamos en una casa de la calle 23. No pudiendo pagar nuestra renta, nos marchamos a la calle 17, y como, al poco tiempo, el propietario nos llamara la atención, por falta de dinero, nos mudamos a la calle 22, donde tampoco nos dejaron vivir en paz y de donde nos trasladamos a la calle 10.»

La historia continuaba por este camino, con un infinito número de mudanzas. Cuando me levanté en la clase para dar lectura a mi relato, la maestra montó en cólera. Creía que le estaba gastando una broma pesada, y me envió a la directora, la cual hizo llamar a mi madre. Y cuando mi pobre madre leyó aquel papel, estalló en lágrimas y confesó que todo era muy cierto. Tal había sido y continuaba siendo nuestra existencia de nómada.

Las escuelas han debido cambiar desde que yo era chica. Lo que yo recuerdo de la enseñanza pública es una brutal incomprensión de lo que es la niñez. También recuerdo la tortura de permanecer inmóvil, sentada en un banco, con el estómago vacío y los pies helados en los zapatos húmedos. La maestra me parecía un monstruo inhumano que estaba allí para torturarnos. Los niños no hablan nunca de estas angustias.

No recuerdo de ningún sufrimiento que tuviera por causa la pobreza de nuestro hogar. A nosotros nos parecía muy natural esa pobreza. Donde yo sufría era en la escuela, únicamente. Para un niño sensible y orgulloso, el sistema de la escuela pública es tan humillante como el de un penal. Yo siempre estaba en rebeldía.

Un día, a mis seis años, mi madre se encontró, al llegar a casa, con un espectáculo inusitado. Había reunido yo a una media docena de chicos de la vecindad, todos ellos muy pequeños e incapaces de correr, y, después de sentarlos en el suelo, los estaba enseñando a mover los brazos. Al pedirme una explicación, le dije que era mi escuela de baile. Mi idea le divirtió mucho, y se puso al piano para tocar algunos aires en mi obsequio. Esta escuela continuó abierta y llegó a ser muy popular. Al poco tiempo acudían a ella todas las chicas del barrio, y sus padres me pagaban pequeñas sumas por enseñarlas a bailar. Esta fue la iniciación de lo que más adelante, constituyó un empleo muy lucrativo.

Cuando tenía diez años, mis clases eran tan numerosas que confesé a mi madre que me parecía inútil volver a la escuela, donde no hacía sino perder el tiempo, dejando de ganar dinero. Me arreglé el pelo, peinándome con moño a lo alto de la cabeza, y dije que tenía dieciséis años. Como estaba demasiado crecida para mi verdadera edad, todo el mundo se lo creía. Mi hermana Isabel, que había sido educada por nuestra abuela, llegó éntonces a nuestra casa para vivir con nosotros, y me ayudó a dar clase de baile. Se nos solicitaba mucho, y dábamos lecciones a la gente más rica de San Francisco.

Yo era la más valerosa de toda mi familia, y cuando en casa no había nada que comer, yo era la voluntaria a quien se enviaba a la carnicería para que obtuviera, sin pagar, mediante engaños y promesas, algunas chuletas de cordero. Yo era quien iba a la panadería para gestionar una renovación de crédito. Experimentaba una especie de alegría aventurera cuando realizaba estas excursiones, y sobre todo cuando triunfaba, lo cual, en realidad, no era nada infrecuente. Solía emprender la vuelta bailando por la calle, bailando de júbilo, cargada con mi botín, y sintiéndome semejante a un salteador de caminos. Era una excelente educación, porque, aprendiendo a engañar a los feroces carniceros, aprendía también la técnica que me capacitaría, más tarde, para afrontar a los feroces empresarios.

Recuerdo que una vez, siendo todavía muy chica, encontré llorando a mi madre porque en un almacén no le habían querido aceptar no sé qué labor que había estado cosiendo afanosamente. Yo, ni corta ni perezosa, cogí su canasto, me puse una gorra en la cabeza y unos mitones en las manos, y fuí, de puerta en puerta, ofreciendo mi mercancía, hasta que logré venderla y regresar a casa con el doble del dinero que mi madre hubiera sacado del almacén.

Cuando oigo a los padres de familia que trabajan para dejar una herencia a sus hijos, me pregunto si se darán cuenta de que, por ese camino, contribuyen a sofocar el espíritu de aventurero de sus vástagos. Cada dólar que les dejan, aumenta su debilidad. La mejor herencia consiste en dar a los niños la mayor libertad para desenvolverse por sí mismos. Nuestras lecciones proporcionaron, a mi hermana y a mí, el acceso en las casas más ricas de San Francisco. Yo no envidiaba a los chicos ricos, sino que los compadecía. Me asombraba el comprobar la pequeñez y la estupidez de sus vidas, y, por comparación con estos hijos de millonarios, me consideraba yo mil veces más rica en todo lo que da valor a la existencia.

Nuestra reputación de maestros fue creciendo. Nosotros decíamos que nuestro sistema de baile era nuevo, pero, en realidad, no había ningún sistema. Yo seguía mi fantasía, e improvisaba enseñando a los discípulos cualesquiera cosas bonitas que se me ocurrían. Una de mis primeras danzas fue el poema de Longfellow *I shot an arrow into the air.* (Disparé una flecha al aire) Solía recitar el poema y enseñaba a los niños a seguir su sentido con gestos y movimientos. Por la noche, mi madre nos acompañaba al piano mientras yo componía mis danzas. Una adorable señora, ya vieja, amiga de casa, una señora que venía frecuentemente a pasar con noso-

tros las noches y que había vivido en Viena, decía que yo la recordaba a Fanny Essler. «Isadora será una segunda Fanny Essler», solía exclamar, y alentaba así mis sueños ambiciosos. Recomendó a mi madre que me llevara a un famoso profesor de baile de San Francisco, pero las lecciones de este profesor no me agradaron. Cuando el maestro me decía que me sostuviera sobre la punta de los pies, yo le preguntaba por qué, y cuando él me replicaba: «Porque es bello», yo le decía que era feo y antinatural. Hasta que, a la tercera lección, tuve que dejar su clase, para no volver más. La gimnasia rígida y vulgar que, según el tal profesor, era la danza, venía a destruir mis sueños. Porque yo soñaba con una danza completamente distinta. No sabría lo que habría de ser mi danza, pero yo sentía que iba avanzando por un mundo invisible, donde preveía que llegaría a entrar si encontraba la clave. Mi arte ya estaba en mí, cuando era niña, y si no quedó ahogado fué gracias al espíritu heroico y aventurero de mi madre. Estoy convencida de todo lo que un hombre hace en la vida empieza cuando es muy niño, Hay muy pocos padres que comprenden que la llamada educación conduce a sus hijos a la vulgaridad y les impide hacer algo bello y original. Pero también creo que las cosas deben ser como son, porqué, ¿de donde, si no, íbamos a extraer los millares y millares de horteras y dependientes de banca que requiere la organización de la vida civilizada?

Mi madre tenía cuatro hijos. Empleando un sistema coercitivo de educación, hubiera acaso hecho de nosotros unos ciudadanos prácticos. A veces se lamentaba ella misma: «¿Por qué han de ser los cuatro artistas, y ninguno hombre práctico?» Y era su espíritu, su propio espíritu de actividad y de belleza, el que nos había hecho artistas a todos los hijos. Mi madre no se preocupaba por las cosas materiales, y nos enseñaba a despreciar, con finas burlas, la propiedad: casas, muebles y posesiones de todo género. Al ejemplo que me dio, debo el no haber llevado nunca una sola alhaja. Ella nos enseñó que todas esas cosas son obstáculos, y nada más que obstáculos.

Al dejar la escuela me convertí en una lectora infatigable. En Oakland, donde residíamos entonces, había una biblioteca pública, situada a varias millas de distancia, a pesar de lo cual iba yo y volvía diariamente, corriendo, danzando o brincando. La bibliotecaria era una mujer extraordinaria y bella, una poetisa de California, llamada Ida Coolbrith, que alentaba mi afición a la lectura, y cuando la pedía buenos libros se quedaba muy contenta. Tenía hermosísimos ojos, que brillaban de fuego y pasión. Más tarde supe que mi padre había estado muy enamorado de ella. Fue, evidentemente, la gran pasión de su vida y probablemente yo me sentia atraída hacia ella por el hilo invisible de la fatalidad.

En aquel tiempo leí todas las obras de Dickens, Tackeray y Shakespeare y millares de novelas, buenas y malas, libros inspirados y ramplones. Todo lo devoraba entonces. Solía pasar las noches en vela, leyendo hasta el alba, a la luz de velas que recogía durante el día.

Isadora Duncan

(Concluirá en la próxima entrega.

Estampas

Pongámosle freno a la oratoria fácil

PARA la gente, el estudio es un sacrificio, y un sacrificio estéril. Nos referimos, desde luego, a lo único que puede tenerse en nuestro medio como una disciplina en el rumbo del estudio: la devoción por la lectura. En cuanto alguien busca libros—aunque sea como dice Brandes de los clásicos, en bibliotecas de ornamento, para servir de «testigos involuntarios de la falta de individualidad de su dueño»—le ve enseguida la gente el halo del estudio. La leyenda de ser estudioso rodea a todo aquel que apile libros en estantes bien pulidos. Y también la de ser un sacrificado. Y si con cierta habilidad se tiñe de misterio esa leyenda, crea ella un personaje nacional. El favorecido con el distingo popular vivirá siempre entronizado como un monumento de la cultura patria.

Una de las formas más engañosas de esa leyenda es la del lenguaje. Los mentidos factores de cultura saben que ella tiene la virtud del sésamo. La gente llama a ese malabarismo del lenguaje «facilidad de palabra». Es una expresión justa que concreta el artificio. Contra esa «facilidad de palabra» es urgente luchar. No para segar los personajes ya levantados, que ellos tendrán su ocaso, sino para impedir que cunda entre los jóvenes la leyenda. Ningún artificio debe recubrir la cultura de las vidas de juventud. El del lenguaje proviene del otro artificio, el de la carencia de estudio verdadero. Cada cual expresa lo que contiene.

A todos los hombres que en un país aspiran a formar juventudes ha horrizado la «facilidad de palabra». Cuando leíamos los fecundos hechos de la vida de Licurgo, estábamos, como ahora junto al mar. Dimos con un pasaje admirable que volvemos a leer en voz alta mientras las aguas golpean contra la roca: «Era también una de las lecciones de los jóvenes enseñarlos a usar un lenguaje que tuviera cierta acrimonia mezclada con gracia, y que se hiciera muy notable por su concisión; porque con la moneda de hierro hizo Licurgo que en mucho peso tuviera poco valor, como hemos dicho; pero en cuanto a la moneda del lenguaje, por el contrario, quiso que en una dicción concisa y breve se encerrase mucho sentido; formando con el mismo silencio a los jóvenes sentenciosos y muy discretos en dar respuestas; porque así como en los dados a los placeres el exceso hace que por lo común queden débiles y enervados para la procreación, de la misma manera el inmoderado hablar hace la dicción necia y vacía de sentido.»

El gobernante de la antigüedad vió con una claridad profunda el mal de una juventud «necia y vacía de sentido». No otra enseñanza buscamos en sus palabras los que queremos condenar en las juventudes de nuestro país el cultivo de la «facilidad de palabra.» ¿Con qué se hace más malabarismo que con el lenguaje? Y un país en donde sus hombres y sus mujeres se ejercitan en el «inmoderado hablar» va irremediablemente al hoyo. Detras de la dicción engañosa y relumbrante hay vaciedad. Por eso queremos que nuestros jóvenes comprendan cuán enorme es el mal que caería sobre su país si ellos, descuidando el verdadero amor por el estudio, se vuelven engreídos de la «facilidad de palabra.» A las juventudes les toca ser profundamente estudiosas. Una vez que hayan adquirido la disciplina, sentirán que el mundo debe conquistarse por caminos distintos a los de la sorpresa y la improvisación. Serán austeras como única forma de romper la costra de la charlatanería. Destruirán la leyenda creada por la gente de que es estudioso el que anda con libros y de que es sacrificado el que estudia.

Tenemos ante todo que ser veraces. Este principio es el que debe moldear nuestra conciencia. Cuando lo seamos, el lenguaje se nutrirá de la acrimonia y gracia reclamadas para el de la juventud espartana por Licurgo. No hablaremos sin que el pensamiento esté penetrando cada palabra. Adquiriremos así para la conversación cotidiana sentido y pudor Y si alguna vez la voz tiene que adquirir magnitud, entonces hemos de estar seguros de que la elocuencia amanecerá recatada como a alumbrar un campo en donde el grano se ha podrido para fecundar la espiga. Pero hay que limpiar la vida de ripios. Pensar que al mundo hemos venido no a ser volatineros, sino a luchar contra la volatinería. No debe restarnos aspiraciones la letanía del vulgacho de que el estudio no trae provecho. No es posible inspirarse en «El Eclesiastés» para repetir que «el que añade sabiduría añade dolor,» si esa inspiración lo que quiere es aplanar la mente. Añadir sabiduría, toda la sabiduría que el estudio tenaz y consciente pueda despuntar sobre nuestra vida. Y añadir dolor, esto es, lucha perenne para que esa sabiduría moldee la conciencia de los pueblos. Es claro que el que levanta su entendimiento por encima de millares produce un abismo que lo llama y lo vocea. Toda elevación genera la atracción hacia abajo. Este el dolor de que habla la sabiduría bíblica. Pero el alma que conoce esas furias desatadas no capitula.

Las generaciones que se formen inspiradas en una disciplina severa de estudio le hacen el mayor bien a una patria. Como no simulan, son valientes y honradas. Todos los problemas los plantean en su realidad. Nunca serán generaciones

de volatineros. La cuerda floja no se tenderá bajo sus pies. De esta manera cada negocio es tratado desentrañándole sus íntimas trascendencias. ¿Por qué no querer para nuestro país una generación que no sea «necia y vacía de sentido»? ¿Por qué nuestros educadores al menos no la van produciendo?

Siempre que se habla del porvenir de un país es costumbre ahuecar y hacer teatral la voz para afirmar que a las generaciones que se van levantando toca mantener la tradición que ha sustentado su vida. Se habla sobre frases estereotipadas. Se invoca una tradición y dicen que es de cultura, de civismo, de respeto por las instituciones y otros agregados más. Pero lo cierto es que de existir esa tradición, ha debido pasarle lo que a los muebles centenarios convertidos en hoteles de térmites. Nuestra tradición, esa tradición de que hemos vivido, está llena de galerías. Y de ello no queremos darnos cuenta. O al menos, si lo sabemos, queremos continuar el engaño diciendo que las juventudes son las indicadas para seguirla entronizando a perpetuidad. Sin embargo, toda mente honrada al reflexionar sobre la existencia real del país con un sentido creador, tiene que descubrir los engaños tan ostensiblemente expuestos.

Ni hay tradición por la cual tenga que sacrificarse cada generación que venga, ni hay generaciones para el sacrificio. Hay, sí, urgencia de que ambas cosas aparezcan. No propiamente ese lugar común de la tradición, porque los países que la tienen y se apegan a defenderla pierden la visión que el mundo exige para renovarse, pero sí debe producirse cultura, debe crearse conciencia pública, debe fecundarse la institución ágil y capaz de coger instante por instante las corrientes que van conmoviendo el universo. Y debe formarse la generación que trabaje por esa cultura, por esa conciencia, por esas instituciones. No nos engañemos pensando que ya la tenemos, que la venimos teniendo desde la creación de la república. Veamos el problema con visión. No nos influyamos del espíritu falaz del propagandista político. Olvidemos que es desprestigio internacional señalar la anemia perniciosa que se come al país y digamos reciamente que al país hay que hacerlo. Rompamos la aureola de solidez que le tenemos puesta para que el mundo grande y el mundo chico lo contemplen y proclamen su «tradición». Es una medida de higiene. Y trabajemos por nuestro país. Pidamos a nuestros jóvenes que trabajen por él. Cóbrenle horror, el mismo horror que le tenía el legislador visionario, a la «facilidad de palabra». Sólo así se formará una generación de la cual pueda decirse que no es «necia y vacía de sentido».

Juan del Camino

Limón y marzo del 30

Nota.—En la *Estampa* del número anterior, p. 131, columna primera, renglón 34, hay una errata. Dice: *palpar* aire; léase: *papar* aire.

Tablero

(*Viene de la página 151*)

hijos, eran lindas todas, aunque algunas no lo fueran porque les faltaban los dientes. Repartía ciencia y cariño. De la niña que veía cansada, decíale a la maestra subalterna:—Que la lleven al doctor y que en tal botica despachen la receta y me pasen la cuenta. A otra maestra decíale:—Le dejo ₡ 1.50 para que le compre bacalao a esta otra niña, y escríbale a la mamá diciéndole cómo hay que dárselo. A otra chica le decía:—De mañana en adelante Ud. va a tomar leche caliente en tal parte. Prohibía en absoluto a sus subalternas que a nadie hablaran de estos gastos que hacía.

Una maestra ejemplar, como pocas, se nos fué en estos días y en Heredia. ¿Cuántos la conocían?.—*g. m.*

Lo trágico de Cuba.—Por carta (febrero 6 de 1930) de amiga perspicaz, sabemos esto:

De por acá... Que la cosa está cada vez peor. Un nuevo Empréstito en vías de realidad (en esta semana se contrata) de cien millones de pesos... Un Empréstito que ha resultado de ochenta millones nada más. Casi nada. Los cubanos somos ricos, riquísimos. Pagaremos. ¡Ya lo creo que pagaremos!... Este es el pueblo más feliz de la tierra. Por Decreto Presidencial, los sueldos de los empleados públicos acaban de sufrir la siguiente rebaja: 10% a los que ganen menos de tres mil pesos anuales, y 15% a los que ganen más de tres mil. Además del 5% que se le descuenta a todo el mundo para los fondos del retiro. ¿Qué le parece? Hay que tener en cuenta que el promedio de sueldo que reciben los empleados públicos no llega a cien pesos.

Meras impresiones, las susodichas; susceptibles de modificarse con una nueva lectura, probablemente.—*g. m.*

Nos escribe una maestra buena de Heredia y nos habla con simpatía de la que fué maestra preocupada y además, su primera Directora, en días recientes ida de este mundo: la niña *Luisa Solera Víquez*. La conocimos y también la estimamos. Maestra preocupada, hemos dicho en su elogio; esto es, progresista, comprensiva de las ideas nuevas. Cuando el señor Brenes Mesén, como Director del Liceo de Heredia, quería ensayar nuevos procedimientos, la niña Luisa, entonces Directora de una de las escuelas, de la ciudad, acogía el ensayo, y como fuera bueno, lo implantaba. Treinta años de servir en la enseñanza, y el último día estaba a la puerta de su escuela esperando las nuevas ideas para darles acogida. Ella fué la primera en el país que estableció el Ropero escolar y la Copa de leche en la ESCUELA ELEMENTAL y en la RAFAEL MOYA de Heredia. A menudo se la veía con sus maestras haciendo opinión, porque había que crear la Asociación de Maestros, el Poder Docente, el Seguro de Vida del Magisterio Nacional y llevar el ciudadano a la escuela, o en otros términos, acercar a padres y maestros. De las Escuelas Granjas hablaba cuando parecían quiméricas en este país. Dice Ortega y Gasset que los maestros suelen estar respecto de las ideas pedagógicas de su tiempo, 25 años atrás. Aquí lo hemos visto palpablemente: el Proyecto de Programas de don Roberto Brenes Mesén, escrito en 1907, ahora resulta una recomendable guía metodológica de muchísimos maestros. Según esto, los Programas de Educación Primaria que el mismo Sr. Brenes redactó en 1917, serán acogidos y comprendidos y andarán en manos de los maestros por ahí de 1935 o 1940. Falta poco... Sigamos esperando. Pues bien, la niña Luisa Solera Víquez, lejos, cosa extraña, de estar rezagada, iba como 20 años adelante. Se graduó con ventaja en el Colegio de Señoritas. Sobresalió en sus estudios de Matemáticas y Castellano. Como Directora de la *Escuela Superior de Niñas* de Heredia, estableció en ella secciones complementarias. Sus alumnas, como de la madre los

---

Sindicato de Escritores y Periodistas Indoamericanos

El Sindicato de Escritores y Periodistas Indoamericanos se constituye con el propósito cardinal de organizar un movimiento destinado a facilitar la cristalización de la cultura indoamericana en grandes formas originales y comunes.

Porque el Sindicato de Escritores y Periodistas Indoamericanos entiende que el problema histórico de América exige proporcionalmente tanta atención en la esfera de las actividades culturales, como en la de las actividades puramente políticas.

Aceptamos la palabra cultura en su acepción vital, agónica. Como un factor fundamental dotado de un valor propio que, sin embargo, poco significa cuando los prejuicios «de elite» se empeñan en desarticularla de la viva trabazón de los fenómenos históricos.

No venimos, pues, a exhumar estériles actitudes de doctores solemnes y de pedantes bachilleres.

Nos orienta, sobre todo, una inquebrantable voluntad de renovar el concepto de la constitución y función de la cultura americana.

América necesita justicia. Pero tanto como justicia necesita cultura. Porque la justicia es, al cabo, una máxima proyección de la cultura.

Pero necesita una cultura viva y combatiente. No una cultura anquilosada de galvanizados cadáveres eruditos.

Convencidos de que la cultura indoamericana sólo puede advenir por la íntima compenetración de los obreros que la forjan, el Sindicato nace con el anhelo supremo de realizar esa íntima solidaridad indispensable.

A realizarla invita, pues.

Y sólo exige, para formar en sus filas, una sincera voluntad de trabajar por el triunfo de la ideología colectiva.

Programa:

1.º—Laborar por la unión de los escritores y periodistas de Indoamérica.

2.º—Propugnar la depuración de la cultura indoamericana de todos los elementos que perpetúen la intrusión de factores europeos, que dicha cultura no necesita.

3.º—Trabajar porque la cultura cumpla sus esenciales funciones políticas. La cultura indoamericana debe tener su substrato y su objetividad política.

4.º—Propugnar las reformas educacionales tendientes a una más efectiva praparación del escolar para el ejercicio pleno de la ciudadanía.

5.º—Laborar por la solución pacífica y el arreglo definitivo, sin la intervención de potencias imperialistas, de los problemas de fronteras y dominio de territorios que surjan en Indoamérica.

6.º—Combatir los excesos del capitalismo norteamericano y europeo en los estados indoamericanos.

7.º—Luchar por la reconquista de nuestras fuentes de riqueza: (a), combatiendo la concertación de empréstitos; (b), aconsejando la nacionalización efectiva de los servicios públicos de las tierras, de las industrias y de las minas.

8.º—Defender las reivindicaciones políticas y sociales del indio; raíz y nervio del núcleo humano que vive entre el Río Grande y el estrecho de Magallanes.

Comisión Organizadora: ***A. D'Torra***, presidente; ***César Temes,*** director; ***Armando de Mora,*** vocal; ***A. Núñez-Parra,*** secretario general.

Palacio de la Asociación de Repórters. La Habana. Cuba.

Imperialismo y caballos de fuerza.— El artículo en que Paul Blanshard denuncia y analiza *el imperio eléctrico del Tío Sam* [1]— artículo que hoy publicamos traduciéndolo de una de las más importantes y serias revistas neoyorquinas— no dejará de sorprender a nuestros lectores. Constituye la relación de una de las formas más agazapadas y diestras en que se ejercita el dominio político y financiero de los Estados Unidos. A pesar del pacto Kellogg y de todas las conferencias del desarme, en el fondo del hombre y de los estados modernos bulle y se define, cada vez más potente, aquella *beast of trade* que desde una canción yanqui lanza su rugido y su programa.

La codicia y la concupiscencia humanas han llegado a hacer productos políticos ciertas materias primas, como el petróleo y como el caucho, en cuya conquista y control se han empleado no solamente dinero y técnica, sino también odio, guerra y rapiña. El imperialismo, más que una doctrina internacional, es una práctica. Sus organizadores no son los profesores universitarios, sino los industriales y los banqueros.

Lo que estaba reservado a este siglo era convertir a la fuerza eléctrica, al caballo de fuerza, en uno de los rótulos más definidos de la colonización financiera. No pasarán cinco años sin que Upton Sinclair, el admirable relator de la conquista americana, y que ya nos dió su libro sobre el aceite, bautice una de sus próximas producciones con este signo, desde ahora trágico: *H. H. P. P.*

«La historia del imperio eléctrico del Tío Sam— dice Paul Blanshard—que se expande por la América Latina, es el último, y en muchos sentidos el más dramático capítulo de la conquista económica de los Estados Unidos. La lucha mundial por el petróleo, por el carbón y por el caucho, prosigue aún. La lucha por el control y desarrollo de la energía eléctrica, acaba de empezar».

Hay que leer esa página viva, veraz y nueva. No se trata de una novela, aún cuando en el fondo hay todos los elementos novelescos que pudieran satisfacer más ampliamente a los aficionados al folletín. Y es que, más que todos los novelones contemporáneos, la historia real de los imperios mercantiles del mundo actual, es el reto más audaz a la fantasía y al frenesí de los hombres.

Los pronósticos de Paul Blanshard no pueden ser más desoladores para nosotros: nuestra debilidad e ineptitud para la administración pública nos llevará a todas las servidumbres económicas y acaso en el lapso de pocos años la sombra de la Electric Bond and Share Company cubra el territorio de la América india. Pero no acompañamos a Mr. Blanshard en la predicción hecha por él de que, junto con todas nuestras empresas y nuestros frutos, tengamos que entregar nuestro periodismo a una imaginaria South American People's Press, que venga a controlar la opinión pública latino-americana.

Perdida toda libertad económica, el continente de Colón aún sabrá conservar su aptitud natural para la protesta.

(*El Tiempo*. Bogotá)

[1] Véase en el ***Rep. Am.*** N.º 9 del tomo XIX.

La estimación extranjera

El semanario de Costa Rica tan difundido en los países de habla castellana cumplió el décimo aniversario de sus labores, el primero de setiembre.

Todavía no ha llegado a Quito el número conmemorativo en el que creemos que habrán aparecido muchos trabajos dignos de la más atenta lectura.

Repertorio es quizá la revista de literatura que goza de la más cordial preferencia entre los escritores de América.

¿Los motivos para ese recibimiento afectuoso y el interés que por ella se conserva y se acrece? Su cualidad que diríamos ***ecuménica***, su ausencia de prejuicios y posturas invariables, su adhesión a todo lo que tiene belleza o sinceridad, proceda de los años viejos o haya florecido de la penúltima rama del tiempo.

Con grandes elogios se ha nombrado a *Repertorio* y de las frases que le han dedicado escritores cuya voz es ciertamente respetable, recordaremos siquiera algunas de subido valor como «La Universidad del Espíritu», «La Anfictionía Literaria», que dicen de una estimación muy fervorosa.

García Monge, al mantener esta obra del *Repertorio*, es cierto que resta horas a su propia labor, para ocuparse, con desprendimiento, de la de los demás.

Ya le vemos, con la tijera de extraer «lo selecto» de diarios y revistas, con fijeza de atención, con ese gusto vario de los «antologistas».

En el número primero de *Repertorio Americano*, aparecido el 1.º de setiembre de 1919, se formó el siguiente sumario: *Las Euménides*, por Leopoldo Lugones.— *Vida-Garfio*, por Juana de Ibarborou.—*Alegría del mal ajeno*, por Magón.—*Los patillos*, por Omar Dengo.— *Reflexiones de la guerra*, por Octavio Jiménez.—*Evocación*, por Juan Umaña Bernal.— *Una nueva ruta comercial a la América Latina.—Costa Rica en el Exterior. Con los autores y editores.* Hay en la entrega un retrato: *Rubén Darío* en 1892.

García Monge, al recordar con su habitual nota pasajera el segundo lustro de *Repertorio*, escribe: Algo se ha hecho, digamos con satisfacción y ¡es tanto lo que aún queda por hacer!

(*El Comercio*. Quito.)



La Edad de Oro

Lecturas complementarias para muchachos

Suplemento al Repertorio Americano

Tomadas del tomo VI, ya en prensa.

Un emblema y una parábola

JUSTINO.—¿Cuáles son ese emblema y esa parábola?

LUCIANO.--Pues el primero consiste en una imagen que sirve para encarecer la máxima de que «*Concordia res crescunt, discordia dilabuntar,* con la concordia todo crece, con la discordia todo se deshace». El jeroglífico de esta verdad es el que pintaron los antiguos por medio de una hormiga sobre la cual ponían el caduceo de Mercurio, símbolo de la paz; y por medio de un elefante con una espada desnuda y a plomo sobre las espaldas. La hormiga cargada del caduceo fue creciendo, creciendo, hasta volverse elefante; y el elefante herido por la espalda fue encogiéndose hasta reducirse a hormiga. Esos son los respectivos efectos de la hermandad y de los odios fraternales; esos los frutos de la concordia y de la discordia.

JUSTINO.—¿Y la parábola de Sertorio?

LUCIANO.—Ella es la que refieren las historias como hecho muy verdadero y realizado por el famoso general romano, capitán de los ejércitos de España en las guerras contra Pompeyo. «Para persuadir concordia a los suyos, cuando ya veía que se desviaban en las voluntades, hizo poner delante de todo el ejército dos caballos, el uno grueso y valiente, y el otro flaco y debilitado. Mandó luego a un soldado muy recio y de grandes fuerzas que arrancase la cola de aquel caballo flaco. Y como no pudiese, mandó a otro soldado flaco y de poca fuerza que arrancase la cola de aquel caballo valiente, lo cual él hizo sacando (conforme a como estaba instruido) una a una todas las cerdas. Por donde mostró luego Sertorio a los suyos cómo la unión y concordia los haría invencibles y la discordia y apartamiento de voluntades los destruiría.» Parábola que revela el genio de Sertorio y que refiere un historiador con las palabras copiadas, así como la encarece Erasmo en su Elogio de la locura.

Los cuenta
MARCO FIDEL SUÁREZ

Colombia.

El jubileo de Edison

Casi nadie se ha dado cuenta fuera de los Estados Unidos de una de las celebraciones más características de la época: el cincuentenario de la invención de la bombilla incandescente. En los Estados Unidos, en cambio, el acontecimiento ha tenido una apoteosis luminosa. Edison, asistido por su ayudante desde hace cincuenta años, el doctor Jehl, ha vuelto a inventar, en su mismo laboratorio, instalado ahora por Mr. Ford como un santuario—el santuario de la prosperidad norteamericana—en Greenfield (Michigan), a cien millas de su localización original en Nueva Jersey, la bombilla mágica.

Aquella noche del 22 de octubre, hace cincuenta años, Edison, acompañado sólo del doctor Jehl, entonces un muchacho de veinte, hizo lucir por primera vez la bombilla incandescente. Esta noche de nuestro 21 de octubre la ha hecho lucir en presencia del Presidente Hoover, de madame Curie, de una síntesis representativa de la fauna mental, económica y política de los Estados Unidos. Mientras Edison repetía la experiencia en su viejo laboratorio, con las mismas indecisiones y la misma emoción, en el sitio donde se produjo el acontecimiento, en Melon Park, se encendía en su honor la fantástica columna luminosa de cien pies de altura, con su formidable faro en la cumbre y su lámpara perpetua en la base. Al mismo tiempo, Nueva York, Chicago, Detroit y todas las grandes ciudades norteamericanas se encendían en una alucinante escenografía de luces eléctricas. Luego, en el banquete, en el cual el viejo Edison estuvo dos veces a punto de desvanecerse, mientras los trasmisores de la *radio* difundían en todo el mundo la voz del Presidente Hoover, de Mr. Young y del propio Edison, los receptores recogían los mensajes del Presidente Hindenburg, del príncipe de Gales, del profesor Einstein y, desde el Polo antártico, el del comandante Byrd.

Todas las creaciones del nuevo cerebro de la Humanidad han funcionado para honrar a una de las mentes más nuevas y más poderosas. Edison, en realidad, no es el símbolo de la riqueza y la prosperidad norteamericana, aunque en los Estados Unidos se le haya dado esta significación. La riqueza norteamericana la han creado tanto sus invenciones y el inmenso desarrollo de las ciencias aplicadas, como, y tal vez con mayor intensidad, el descubrimiento de los grandes yacimientos auríferos de California, el petróleo, el carbón, los saltos de agua, el genio anónimo de una muchedumbre ávida de riqueza y desprovista de piedad, los puritanos de Boston, los negreros de la Florida y los judíos del East. Tiene tantas causas como individuos y acontecimientos han colaborado en ella.

Pero Edison sí es, en cambio, una de las mentes más representativas de la época. De la nueva manera de pensar y de sentir la vida. Él ha convertido el pensamiento en un objeto útil. En vez de pensar en ideas o en símbolos abstractos, ha pensado siempre en cosas. De su mente no ha salido jamás una frase, ni una cifra ni una figura trascendente. Todos sus pensamientos han sido siempre combinaciones mecánicas para mejorar la existencia de los hombres.

Esta es la profunda diferencia entre su manera de pensar y todas las maneras anteriores. Mejor dicho: ésta es la honda diferencia entre la manera de pensar, entre la capacidad mental de nuestra época y la de todas las épocas precedentes. Si los Estados Unidos sienten tan ardorosa coincidencia espiritual con él es porque, en verdad, en los Estados Unidos es donde más claramente se han definido las modalidades del nuevo pensamiento.

CÉSAR FALCÓN

Perú. 1929.

¡Qué ejemplo!

¿Y acaso consta esto por dichos y amonestaciones solamente y no por ejemplos? En el libro tercero de los *Reyes* o de los *Reinos,* leemos que había en la población de los sidonios una viuda que tenía en su casa tan poca harina como puede caber en un puño, y una pocas gotas de aceite; habiendo salido la pobre a traer leña, llevaba a su casa dos leños con que cocer una torta para sí y su pequeño hijo, acabado lo cual habían de morir precisamente porque había una hambre atrocísima en Israel; ocurrió entonces Elías y pidió aquello de limosna, prometiendo a la viuda que ni a ella ni a su hijo había de faltar que comer en adelante; creyó la mujer al profeta y le dió cuanto tenía; pero después, ni a la vasija que tenía con harina le faltó ésta, ni a la que tenía con aceite se le disminuyó este licor hasta el día en que el Señor tuvo misericordia de su pueblo. ¡Qué ejemplo! Anda con esto y da con temor lo que has de recibir con tantas creces aun en los bienes de esta vida.

JUAN LUIS VIVES

(Trad. del latín.)

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José C. R.